EDICION DEL "MONITOR REPUBLICANO."

VIRGEN DEL VALLE

POR

RAMON VALLE

La misma dicha dejaria de serlo
si no fuéramos dos para gozarla.

BYRON.

MÉXICO
IMP. DE V. G. TORRES Á CARGO DE M. GARCÍA
Calle de San Juan de Letran número 3

1875


05-27028



I

Son bellos los crepúsculos de primavera, cuando el valle se cubre de flores y el cielo se borda de nubes. Los aleteos de las aves, las aguas que corren y juegan, los árboles meciéndose al paso de la brisa, todo denuncia á una naturaleza exhuberante de vida.

Es la estacion y es la hora de los sueños.

Jacinto soñaba.

La imaginacion de veinticinco años es una aurora de fuego que nos lleva, que nos arrastra.... ¿á dónde? á cualquier parte donde se pueda gozar.

Jacinto veia las flores que lo rodeaban, sentia las brisas tibias que acariciaban su frente, y percibia los mezclados perfumes de las rosas silvestres, pero no pensaba ni en las flores, ni en las brisas, ni en los perfumes.... soñaba, gozaba de ese bien-

estar que en el sentimiento produce la vaguedad de las ideas.

¿En qué pensaba el jóven?

Si pensar es fijarse en una idea, seguirla y desenvolverla, Jacinto no pensaba. Entregado por completo á sus sensaciones, cada una le producia una idea distinta, y de todas estas ideas formaba un conjunto, que si no era rigurosamente lógico, producia ese apacible estado del alma en que solo se sabe que se vive porque se goza.

Maquinalmente seguia el giro de las mil mariposas que revoloteaban por todos lados, vivas y ligeras, como si quisieran de una vez apurar todos los placeres, previendo sin duda que seria bien corta su existencia.

Jacinto no las envidiaba precisamente; deseaba, es cierto, ser mariposa, pero no de las que vuelan al rededor de las flores de la tierra; hubiera querido ser mariposa de esas otras flores que se llaman nubes, y lanzarse, desde las blancas y vaporosas que dejan entrever el azul del cielo, á las rojas y encendidas, ó á las doradas, que parece dejan escapar chispas de desmenuzado topacio.

Pero al sentirse vagando por la inmensidad, no se sentia solo; en medio de aquel infinito gozaba de *la soledad de dos*, como dice Alfonso Karr.

¡2! Hé aquí un número que pudiera servir de emblema para la felicidad humana.

Menos de dos, no hay nada, y mas de dos, hay menos todavía. Si yo no quisiera ser sol, seria porque no hay mas que él.

Jacinto, llevado en un carro de fuego, recorria las inmensas llanuras del cielo, bogando en un mar de luz y de colores, aspirando por todos los sentidos el infinito y gozando de las caricias de los rayos de luz, como en la tierra se goza con las de las ráfagas de la brisa.

Pero la mas bella de sus sensaciones era producida por una carita de mujer, reproducida mil veces y por todas partes, como si se la viera á través de uno de esos prismas de varias faces que multiplican un objeto hasta lo infinito. Se veia por donde quiera rodeado de esa dulce carita que llevaba alas, como los pintores suelen retratar á los serafines; se embelesaba al fuego de dos ojos negros, que hablaban con luz mejor de lo que pudieran los labios con palabras, y más todavía al suave encanto de una sonrisa, que no era otra cosa sino el placer que rebosaba, placer que se comunicaba como llama y que se difundia por toda el alma como una eterna chispa eléctrica.

Y Jacinto jamas habia podido ver aquellos ojos

ni aquella sonrisa, sin que tambien sus ojos animieran, sin que tambien sus labios sonrieran *á l'unisson* de los que contemplaba.

—Eh, Jacinto, ¿te has dormido?

Un vivo sacudimiento en todo su cuerpo indicó cuán penoso habia sido al jóven el ser arrebatado á sus visiones.

—No; pero sin embargo, no te perdono que me hayas despertado.

—He llegado á tocarte antes que me vieses.

El que así hablaba era un jóven como de veintiocho años, de cabello menos negro que el de su amigo, de tez mas morena y de ojos mucho menos vivos. Su cabello caia sobre sus sienes, mientras el de Jacinto se replegaba sobre sí mismo, rizándose como las guías de las yedras.

El recien llegado traia al hombro una escopeta, y sus grandes botas de cuero que le llegaban al muslo, su elegante bolsa de fina cabritilla envuelta en una red de seda, y sobre todo, algunas aves que pendian del cinturon, confirmaban la idea que desde luego despertaba, de que era un cazador.

Jacinto llevaba los mismos arreos, y su escopeta reposaba tranquílamente á su lado.

—¿Has sido afortunado en la caza?

—Así, así, como siempre, contestó mostrando

con cierto orgullo las víctimas inocentes de su pasion favorita; ¿y tú?

—Yo, respondió Jacinto, no he errado un solo tiro.

—Caso raro.

—No tanto, porque ninguno he disparado.

—¡Ah!

—Me senté bajo estos árboles apenas nos separamos, y si no hubieras vuelto, aun no me hubiera levantado.

—¡Buen compañero de caza!

—Mejor de lo que crees. Si pretendo ayudarte, no hubiera acertado un solo tiro, y mis disparos te espantan la caza.

—Siempre tienes algun sofisma que te disculpe.

—Mas que sofismas, tengo hambre.

—¡Hambre un enamorado, y que está próximo á ver ausentarse el ángel de sus ensueños!

—¡Oh, no me lo recuerdes! Pero, Octavio, yo tengo esperanza de que ese viage no se realice.

—¿Y qué va á hacer á México la familia?

—Te repito que no creo todavía que eso tenga efecto.

—Mejor, y como yo tengo mayores motivos que tú para tener hambre, bueno será quitármesla de encima.

Y los dos amigos se prepararon á disponer un almuerzo, el mejor que era posible, con la caza que producen las montañas que rodean á Pátzcuaro.

II

¿Dónde estaba Jacinto, que no entraba cuidadosamente y sin hacer ruido, al pequeño, pero imponente templo de la Salud?

¿Cómo no se llegaba á la sombra de uno de los antiguos altares, para ver despacio á la jóven que se arrodillaba ante la poética imágen de la Vírgen María?

El templo estaba oscuro, y las luces que ardian delante del altar apenas producian una indecisa claridad, que servia solo para ver las tinieblas del rededor.

En el círculo que proyectaba la luz, como en medio de una aureola, estaba una mujer.

¡Qué espectáculo tan hermoso es ver á una vírgen de la tierra arrodillada ante la Vírgen del cielo!

La fé de la primera y la bondad de la segunda, son algo que se ve, que se palpa, y sentimos la in-

fluencia de la misteriosa comunicacion que entre ellas existe, como sentimos calor al aproximarnos á una hoguera.

En aquellos momentos, el rostro de la jóven expresaba un sentimiento que podria traducirse así: El cielo despues de la tempestad.

Cuando ha calmado el viento que hacia poco alborotaba la laguna, y ésta ha recobrado la calma de todas las mañanas, se conoce que por ahí ha pasado una borrasca, en el movimiento interior que aun levanta la superficie del agua, como el cansancio levanta el seno turgente de la beldad.

En ese movimiento, que por un instante asemeja el lago á aquel otro gran lago que se llama el mar; en las aves acuáticas que pasan desflorando las linfas, dando especiales gritos; en ese cierto no sé qué que por todas partes se advierte; se nota que aquella laguna, ahora tan calmada, acaba de sufrir una terrible sacudida.

Así en el rostro tranquilo de la jóven, se conocia, sin embargo, que acababa de serenarse. Tambien habia habido tempestad en aquel corazon.

Ya no existia; las miradas fijas en la dulce imágen de la Reina de los ángeles, eran apacibles y dulces, y el fuego que ardia en el pecho se elevaba tranquilo como la llama de la lámpara.

Dice no sé quien, que la oracion dá hermosura al alma; el que hubiera visto á aquella jóven, hubiera dicho que tambien la comunica al cuerpo.

Así, hermosa y arrobada en la contemplacion del infinito, se encontraba de rodillas, y con los ojos fijos en el altar; un peinado sencillo sombreaba su frente casta y blanca como la de un querubin, y los lábios entreabiertos parecian querer dar paso á una sonrisa. . . . no, era una plegaria.

Aquel rostro era el mismo que, por todas partes reproducido, rodeaba al jóven cazador en medio de sus ensueños, algun tiempo antes.

La jóven era la hija de Don Antonio del Valle, nacida casualmente en una barca, sobre las ondas del lago de Pátzcuaro. Al volver á la ciudad, preguntó el cura qué nombre llevaria la niña:

—María Vírgen, respondieron los padrinos.

En esa época, tenia diez y siete años Virgen del Valle.

III

¡Porqué habia llorado? ¿Por qué sufria?

Retrasemos el tiempo y echemos una ojeada sobre la casa de D. Antonio.

Hemos dicho que Vírgen tenia diez y siete años, inútil seria decir que amaba.

Ser jóven y no amar, seria ser luz en tinieblas.

Ser jóven es ser amante. El amor es la respiracion del alma. El alma que comienza á vivir engendra necesariamente el amor, así como necesariamente engendra el pensamiento.

¿Comprendes, lector amigo, cómo es posible que haya materialistas?

Sin duda esos séres desgraciados no han amado nunca; sin duda tambien, no han fijado nunca la atencion en el amor.

Amar á quien no fuera mas que materia, seria un absurdo que solo cabria en el cerebro de un demente, y esto en el caso de que un demente fuera capaz de tener amor.

Una estrella agrada, una flor embelesa, y sin embargo, no se aman ni á las estrellas ni á las flores.

¿Para qué habria sido el inútil deseo de Pigmalion, de ver animada á su estátua con el fuego del cielo?

. . . . . .

. . . . . .

Don Antonio era un rico comerciante, establecido hacia muchos años en Pátzcuaro, y entre tercios de azúcar y de cacao habia pasado la mayor parte

de su vida. En cuanto á la madre de Vírgen, no tenia otra notabilidad, que serlo.

Abreviemos: Vírgen amaba á Jacinto, y en cuanto á éste, un poco poeta y algo loco, sentia por ella una de esas pasiones que solo los que son algo poetas y un poco locos, son capaces de abrigar.

Extraña significacion se ha querido dar á esta palabra: loco.

Ya no conviene á los habitantes de San Hipólito, y si acaso la Academia española, al hacer la nueva edicion de su diccionario, se pone á definirla, trabajo tendria en escribir el artículo relativo.

Si yo tuviera influencia en aquel respetable cuerpo, es seguro que este trabajo seria encomendado á D. Ramon Campoamor.

Cierto es que entonces no quedarian muy bien librados los que no son locos; mas en cambio, se daria una reparacion tardía pero merecida, al loco Diógenes, á su compañero Saulo, al de igual clase Cristobal Colon; al loco Biron, á Espronceda, y en fin, al loco Jacinto,

Campoamor, que en honor de la verdad y suyo, no es cuerdo, desenvolveria á pedir de boca el siguiente concepto que escribió en uno de sus peores ratos de locura:

Para el mundo que sin fé
Presume mucho y ve poco,
Es nécio el que poco vé
Y el que vé más, es un loco.

Jacinto sin duda veia más que el mundo.

Don Antonio conocia las relaciones que existian entre su hija y el jóven, y si no se oponia á ellas, era tal vez por verlas protegidas por la madre de Vírgen.

Es oportuno hacer notar un fenómeno. El hombre en general, se olvida pronto de que ha sido jóven, y no comprende ya, ó finge no comprender en otros, lo que él mismo en otro tiempo ha sentido. No sucede lo mismo con la mujer, ella conserva cuidadosamente en su corazon, todas las bellas impresiones que durante su vida ha ido recibiendo, como guarda tambien con cuidado las flores que una mano cruel ha arrancado de su tallo.

Y al fin las flores se secan, pero los recuerdos no se borran nunca.

Y cuando ve reproducirse en sus hijos uno á uno todos los sentimientos que en su juventud ha experimentado, no solo los contempla con el mismo amor que otros dias, sino que con cada uno de ellos, va sintiendo que reviven, ó mejor que despiertan. Vuel-

ve á experimentarlos todos, vuelve á ser jóven con la juventud de sus hijos.

Para el hombre de cierta edad el amor es una quimera, como para el que ha perdido la dentadura, la caña de azúcar es un manjar impertinente. La mujer por el contrario, jamás deja apagar en su pecho el sagrado fuego de los sentimientos generosos si una vez ha sido encendido. Bien sabian lo que hacian los antiguos al no hacer vestales á los hombres.

Doña Magdalena comprendió el amor de Vírgen, conoció que si ella era hija de sus entrañas, su amor era hijo del que ella habia tenido á su padre; sonrió al verlo como un retrato de su cariño, así como habia sonreido hacia diez y siete años al encontrar en su niña las facciones del tiempo de su hermosura.

Don Antonio era demasiado amante de la paz doméstica para oponerse á aquella terrible alianza de las mujeres de su familia. Por lo demás, simulaba ignorarlo todo. Esto era tanto mas fácil, cuanto que aquellos amores se ocultaban en el mas profundo misterio; ni Don Mauro, íntimo amigo de la casa habia llegado á conocerlos.

IV

Don Mauro era muy rico, lo que no se oponia á que fuera muy gordo, y ninguna de ambas cualidades era un obstáculo á que ya contara cuarenta y cinco primaveras.

Pero si hay algo engañoso, es la edad. Así como á juzgar por su ancho pantalon de coleta y su holgada chaqueta de lienzo, nunca pudiera adivinarse su riqueza; así tambien, ateniéndose á su venerable calva, á las respetables arrugas de su ancha cara y al color un poco subido de la punta de su nariz, no habia quien le hiciera la injuria de atribuirle menos de cincuenta años.

Los intereses comerciales habian estrechado las relaciones entre D. Mauro y D. Antonio, pero ambos caminaron con fortuna bien contraria. Mientras el primero iba viento en popa, el segundo se encontraba mas mal cada dia.

Bien es cierto que Don Antonio se contentaba con sembrar su caña, fabricar su azúcar é importarla al interior; al paso que Don Mauro, menos bonachon y mas avisado, habia emprendido una indus-

tria que no se agua ni se emborrasca como las minas; que no teme el mal temporal como la agricultura; ni se le dá un bledo de las revoluciones, como el comercio. . . . y no es esto todo; esta industria, siendo la mas productiva de todas, ni siquiera paga contribuciones.

¡Qué bobo era Nicolás Flamel, en secarse los sesos buscando la piedra filosofal en otra parte que en la usura! algo de inmoralillo hay en ello, pero, ¡qué diablo! Don Mauro iba todos los dias á misa. Este era su sistema de compensacion que habia encontrado muy cómodo.

Por lo demas, el buen hombre se consideraba dichoso con haber sido defendido por cierto gran filósofo que en algun modo puede ser tenido por usurero, pues dá á sus lectores el uno por ciento, es decir, que propone una gran verdad, por cada cien errores que defiende.

Don Antonio no tenia el talento del ágio y se contentaba con tener *sentido comun*. ¡La culpa era suya! y todos los dias veia ir despareciéndose la fortuna que en años mejores habia logrado levantar.

La revolucion habia arruinado los ingenios de Michoacán y mas de un propietario habia tenido que cruzarse de brazos delante de sus tierras inútiles y de sus aparatos que ya lo iban siendo tambien.

De aquí nace una observacion que recomendamos por nueva: Las guerras civiles son perjudiciales.

V

Vírgen tenia los ojos negros. ¿Te gustan, querido lector, los ojos negros?

¡Qué grata es la luz tranquila que en su rayo se desprende, luz que brota y que se enciende al fuego de una pupila! Rayo que la luna pura envia desde su ocaso, lucero que se abre paso por entre una nube oscura. Los ojos azúles.... ¡oh! tú, lector, muy bien lo sabes, serán mas lindos, mas suaves.... pero mas hermosos, nó.

Cuando en ellos la ternura, llenos de emocion leemos, solo entonces conocemos la dicha de la ventura. El amor los hace bellos, si se inflaman en su ardor, y no es mas bello el amor que el amor mirado en ellos. En ellos quiso hacer ver la Belleza lisongera, hasta dónde posible era que llegara su poder.

¿Quién no obedece sumiso cuando esos ojos imperan? y al hacer cuanto ellos quieran, se goza del

Paraíso. Su luz ardiente fascina, y embriaga, y enloquece; y en ella ver nos parece algo de la luz divina. ¡Oh! cuánto gozo en verdad, si en mí su luz se detiene, que envuelta en sus rayos viene toda la felicidad.

Esta felicidad bebia todos los dias Jacinto en los ojos de su amada, y esa noche, despues de la cacería en que lo hemos encontrado, iba, al despedirse de ella, mas feliz que nunca.

Vírgen quedó al lado de su madre, saboreando tambien por su parte todas esas dichas pequeñas que va engendrando una conversacion en voz baja, y que forman la verdadera dicha en la tierra. Las dos estaban en silencio hacia ya largo tiempo, cuando entró D. Antonio á la sala y fué á sentarse al lado de su esposa. Venia abatido, y en su frente se notaba ese surco que deja un tenaz pensamiento que ha atormentado durante largas horas.

—Padre, dijo la jóven acercándose á él y besándole una mano, más con cariño que con respeto; olvida tus aborrecibles negocios, y no pienses sino en la dicha que puedes disfrutar al lado de tu familia.

Viendo que el anciano continuaba en su silencio, prosiguió:

—Si yo fuera tú, me contentaria con el amor de mi hija, y como esa dicha nadie podria arrebatár-

mela, no daria entrada en mi corazon á pesar ninguno.

—Vírgen, ¿qué sabes tú de penas? Para tí el mundo debe ser una felicidad contínua....

—Lo será, dijo Magdalena tomando parte en la conversacion; el amor la hará dichosa.

—¡El amor! balbutió el anciano haciendo un brusco movimiento de cabeza, como si quisiera alejar violentamente un pensamiento atormentador.

—Sí, él, continuó la madre; ya es tiempo de que lo sepas....

—Lo sé, y por cierto que no por mi hija, ni por tí, Magdalena.

—Tu reconvencion es injusta, Antonio. Si yo habia callado hasta ahora, era porque deseaba convencerme de que se trataba de una cosa formal....

—Basta, que aunque tardía, agradezco la confesion.

—¿Y qué dices á ella?

—Debo en estas circunstancias ser franco desde el primer momento.... Jacinto.... Jacinto es un jóven excelente.... pobre, pero eso nunca ha sido un defecto; y además, su tio es rico, y aunque no lo deseo, es probable que no lo olvide en su testamento.... y, vamos.... ya no puedo fingir; pues sí, yo lo amo y quiero que sea mi hijo.

Vírgen se arrojó llorando de alegría en los brazos de su padre.

Pocos dias despues salia la familia para México.

VI

En alguna parte he leido una observacion que no puede dejar de confesarse, que muy pocos conocen por experiencia, y que rarísimos niegan: para conocerla basta tener sentido comun; para experimentarla es necesario tener una alma privilegiada; para negarla es necesario no saber lo que es amor. Héla aquí:

La ausencia, para el amor, es como el viento, que apaga el fuego pequeño y aviva el grande.

La pasion de Vírgen y Jacinto se habia avivado.

Aquellos tres meses fueron para ellos largos como siglos, y á Jacinto le fué imposible seguir á su amada á la capital.

No podia moverse; era esclavo porque era pobre.

Se ha comparado *frecuentemente* la ausencia con la muerte, y sin discutir la semejanza, sí es fuerza convenir en que por lo menos es su hermana menor.

Por muy seguros que ambos se hallen de que está correspondido su cariño, hay momentos crueles en que no se pueden cerrar las puertas á la duda. Estos momentos pasan, es cierto; pero si pasan, es porque han venido.

El gran goce del amor es gozar con quien se ama; el gran consuelo de la vida es sufrir con él, si sufre. Cuando entre dos llevan el pesar, el pesar es mas ligero; cuando entre dos llevan la dicha, la dicha se duplica: es decir, en el amor, el placer y el dolor se encuentran en proporcion inversa.

La ausencia impide esta comunion de sentimientos; durante ella, recibimos al placer con desconfianza, temiendo que en aquel momento sufra la persona amada, y si llega la pena, que llega siempre con frecuencia, no tenemos quien diga á nuestro oido una palabra de consuelo.

¡Con qué ánsia esperó Jacinto la llegada de la familia desde que supo que estaba próxima!

Le parecia que aquel instante no habia de llegar nunca; ni imaginarse podia, á pesar de su certeza, que estuviera tan cercano.

La misma noche en que llegaron á Pátzcuaro, se vistió con inusitado esmero; se armó de un valor que en otros tiempos no necesitaba, y temblando á pesar de él, se dirigió á la casa de Vírgen.

Las señoras se hallaban muy fatigadas, y no fué recibido esa noche.

Jacinto volvió al otro dia, y al otro, y al siguiente, y siempre fué despedido con diversos pretextos. Fácil es de concebir su ansiedad.

En vano Octavio procuraba consolarlo; Octavio no sabia hacerlo: y no era por falta de cariño, pues Octavio, ¡caso raro! era amigo de Jacinto; íbamos á decir verdadero amigo, pero hubiera sido una aberracion. Ser amigo es ser un buen amigo, es ser amigo verdadero; de otro modo, es no ser amigo.

Cierto es que se ha abusado mucho de esa palabra, pero aun no se ha inventado otra con que sustituirla.

¡Y Octavio nada podia contra la tristeza del jóven, ni le era dado siquiera disipar por algunas horas su fastidio!

¿Por qué? Confieso que no lo sé; este es un fenómeno que pasa en la vida real, y que yo no me he explicado. Octavio tenia talento, amaba á Jacinto, era á su vez amado de él, y al verlo triste, no podia consolarlo. Esto era un hecho; solo pensando en esto he podido comprender aquel axioma que se nos enseña en la cátedra de retórica: "No todo lo verdadero es verosímil." Yo añadiria á él este otro: "Hay imposibles que se realizan."

Jacinto, sin embargo, sabia que su amigo sentia tanto como él, ó más que él, sus penas; esto era ya algo.

El jóven amante se decidió por último á escribir á Vírgen, pero realizar este pensamiento era mas difícil de lo que á primera vista parecia.

¿Cómo escribirle? ¿Qué decirle? ¿Manifestar temor y desconfianza? ¿Dudar de ella? Esto seria ofenderla; seria confesarse Jacinto lo que no queria ni imaginarse; y en aquellas circunstancias, ¿cómo no dudar? ¿cómo no temer?

Al fin, despues de quemar muchos borradores, escribió una carta, que no volvió á leer por no arrepentirse de haberla escrito, y la mandó.

Hecho esto quedó mas tranquilo, y no solo mas tranquilo, sino contento.

Todas las dudas, todos los temores se disiparon como por encanto.

—Necio de mí, se decia. Yo no comprendo la conducta de Vírgen, pero no comprenderla yo, no significa que me sea infiel. Pronto recibiré su respuesta, la que todo me lo explicará; tan cierto estoy de ello, que la espero con curiosidad, mas no con impaciencia.

La respuesta no llegó.

Jacinto insistió, y el mismo silencio, ¡y estaba seguro de que ella habia recibido sus cartas!

—Octavio, si fuera posible que alguna vez Vírgen me olvidara, creyera que ya habia llegado ese dia.

VII

Jacinto á Vírgen.

El alma estaba bañada en esplendores y en luz; Una nube se interpuso ante los rayos del sol.

Las nubes son importunas; el sol que acaricia con cuidado las mas delicadas flores, airado contra su importunidad, las deshace.

La tristeza viene al corazon, pero éste la rechaza; no hay lugar para ella, cuando todo está ocupado por el amor. Todo: apenas ha quedado un lugarcito para la esperanza.

Si el corazon lucha solo, sucumbe; si lo acompaña el cariño, nada tiene que temer.

Por eso ha dicho Dios: "¡Ay del que esté solo!"

Vírgen, tú puedes mandar la alegría á mi morada; enviada por tí, seria muy bien recibida.

¿Por qué la detienes?

Las aves tienen sus cantos y los poetas su lira; yo tengo cariño, no tengo más.

Creo en tí, pero tu silencio ha engendrado la duda.

¡La duda! ¿Sabes lo que para el alma quiere esto decir?

Quiere decir una atmósfera que martiriza, un ambiente que atormenta.

Sol de la vida, ¿cuándo vuelves á bañarme con tus rayos?

*

Tendí la vista, y la aurora espléndida vertia á torrentes armonía y luz.

El cielo se vestia de esplendores y los árboles se regocijaban.

Las nubes se ponian sus mejores vestidos para recibir á la madre de la luz.

El ambiente, como quien viene anunciando una buena nueva, venia cargado de perfumes.

Entoné un cántico á la alegría. Era el festín de la naturaleza, abierto para mí.

¿Por qué el sol ocultó sus rayos y la aurora cubrió su faz?

Sol de la vida, ¿cuándo vuelves á inundarme con tu luz y tu calor?

*

La catarata se arroja de las rocas con estrépito, como quien se apresura á gozar de la vida.

El rio corre mansamente, y el lago agita sus ondas al suave hálito de la brisa.

Las flores se columpian en sus tallos; su vida es la hermosura.

La misma luz se vuelve al cielo, y al siguiente dia, sonriendo, vuelve á vestir á las nubes y á mezclarse al agua de los arroyos.

Todo vive, ¡que bendita sea la vida!

La vida de las almas es el amor.

Sol de la vida, ¿cuándo vuelves á bañarme con tu dulce calor?

*

El frio del sepulcro debe entristecer á los muertos.

El sol baja á la tierra, penetra la bóveda del firmamento, pero jamas ha entrado á las tumbas.

Desgraciados los muertos, porque no aman.

Sol de la vida, ¿por que has alejado tus rayos de mi corazon?

Si Jacinto hubiera vuelto á leer lo escrito, no lo hubiera enviado.

Hay que convenir en que aquella carta no tenia sentido comun.

VIII

Hay en los idiomas algunas frases en las cuales la idea contradice á las palabras, y el final del anterior párrafo es una prueba de ello.

Lo que es muy comun es no tener buen sentido. Yo propondria reformar el idioma, y sustituir á la frase "sentido comun," esta otra mas exacta, "sentido raro.

Adicion.

Mucho tiempo despues de escrito el párrafo anterior, he sabido que un amigo mio ha tenido una idea muy semejante á la que en él se contiene; pero no he creido deber, por eso, suprimirla.

IX

Vírgen á Jacinto.

Todo ha concluido entre nosotros. ¿Sorprende á usted esta resolucion? Voy á explicársela, con objeto de evitar que me pregunte la causa de ella, pretendiendo disculparse.

No, Jacinto, usted no tiene la menor culpa; se ha portado usted siempre como conviene á un caballero, y yo se lo agradezco.

Pero yo no puedo amar á usted. Bien sabe usted que no podemos mandar á nuestro corazon: si así fuere, yo le ordenaria amarlo; créame.

Es usted todavía jóven; procure olvidar. Pronto, estoy segura, encontrará vd. un verdadero cariño que lo indemnice del que se ha apagado en el corazon de

VÍRGEN.

***

Jacinto halló esta carta tan inverosímil, que no la entendió. La guardó cuidadosamente, diciéndose:

—Esperaré á que Octavio me la explique.

X

Jacinto acababa de dejar la cama, donde habia estado postrado durante muchos dias.

La enfermedad fué terrible; pero con razon no da á la Muerte el nombre de cruel.... Jacinto no murió.

Octavio habia velado contínuamente junto á su lecho; se diria que su naturaleza se habia acostumbrado á no necesitar del sueño.

Jacinto estaba pálido y estenuado, y sin embargo, Octavio se hallaba tan estenuado y tan pálido, que junto á él, el enfermo parecia no haberlo estado.

—Octavio, he tenido fiebre, ¿no es verdad?

—Sí, Jacinto, pero ya el peligro pasó.

—¿He delirado?

—Sí, contínuamente.

—¡Oh felicidad! He delirado muchísimo, ¿no es cierto?

Octavio lo comprendió, y no halló qué responderle.

—¡Qué horrible enfermedad! continuó el jóven;

los mayores dolores no pueden compararse á sus tormentos. ¿Sabes, Octavio? era una pesadilla prolongada. No te enojes conmigo, porque no tengo la culpa.... si supieras.... pero, ¡ya se ve! estaba loco.... Deliraba con que Vírgen no me amaba ya.... no me regañes; te repito que no era culpa mia: ¿quién tiene la culpa de sus sueños?

—Jacinto, amigo mio, cálmate y no hables; lo ha recomendado el médico. Eso podria dañarte.

—¿Dañarme la alegría? ¿Dañarme estar bueno?.... ¡Oh, no, Octavio, no! Lo que me dañaria, y mucho, seria volver á estar enfermo, volver á ese horrible delirio.... Dime, ¿la has visto? ha preguntado por mí? Por qué no me lo habias dicho? Yo te hubiera entendido aun en la mayor fuerza de la fiebre, y eso me hubiera hecho mucho bien.

—Basta, Jacinto, por ahora necesitas reposo.

—¿Ha enviado hoy á preguntar por mi salud?.... Todavía no?.... ¡Oh! lo que es hoy, yo mismo le contestaré.... ¡Qué gusto va á recibir cuando lo sepa!.... Oye, Octavio, hay gentes que no debieran enfermarse nunca..... Pero ¿nada me dices?.....

—Te digo que eres un imprudente; te repito que te daña hablar, y que necesitas reposo.

—¡Reposo! callar! Lo que yo necesito es hablar de ella.... No la he visto hace ya.... ¿cuánto tiempo he estado enfermo?

—Vas á hacerme incomodar. Yo he respondido al medico de tu silencio.

—¡Los médicos! ¿qué saben los médicos? Dime francamente, ¿no crees que esta alegría me haga más bien que todas sus pócimas?

—¡Jacinto!

—Estar alegre es estar bueno. Y Magdalena, ¿tambien se habrá interesado por mí?..... ¡Qué horrible es estar enfermo! Prometo no volver á enfermarme.... ¿Lloras? ¿Qué es esto? Qué, ¿todavía me creen en peligro? Si así es, me callaré, reposaré.... ¡Oh, sí, quiero estar bueno! quiero cuanto antes estar bueno.....

***

Permítaseme una cita en francés, aunque no sea, porque Balzac es quien habla:

"Pour moi, qui ai bien creussé la vie, il si existe qu'un seul sentiment reel, l'amitié d'homme à homme."

La amistad entre hombre y mujer se convierte fácilmente en amor, ó mas bien dicho, no hay cariño entre ellos que no sea el amor, mas ó menos

disfrazado, y ya sabemos, por Alejandro Dumas hijo, cuál es el desenlace del amor mas puro.

Y en efecto, ¿qué pensamiento se encierra en el amor? á qué tiende? ¿El amor no es acaso la impresion en nuestros corazones de la órden del Creador: "Creced y multiplicaos"?

Pero la amistad es, por esencia, pura. Yo reformaria el pensamiento de Balzac, diciendo: "No hay mas que un sentimiento real, la amistad de hombre á hombre, y la amistad de ángel á ángel.

XI

Hay habitaciones que á primera vista parecen alegres, ó bien que desde luego inspiran no sé qué tristeza, y en esto se nota un fenómeno bastante comun. Las que alguna vez nos comunicaban cierto bienestar, cierta alegría no disimulada, cambian de repente de tal modo, que sin adivinar la causa, las hallamos tristes, nos encontramos mal en ellas. Y allí, sin embargo, nada ha cambiado.

Yo he llegado á creer que la situacion moral de los habitantes se refleja en las paredes, en los techos, en la luz que manda el sol.

La casa de Vírgen, tan alegre de ordinario antes de la partida, parecia sombría y triste, y sin embargo, Magdalena era la única persona que no se manifestaba contenta.

Don Antonio habia olvidado su antiguo abatimiento; Don Mauro no cabia en sí de felicidad, y Vírgen sonreia á todos, procurando volver á su madre el contento, antes habitual.

Pero aquella casa, desde que no recibia á Jacinto, estaba triste; se diria que le faltaba aquel calor que irradiaba del corazon de los dos jóvenes, aquella vida que parecia impregnar el aire con su fluido, como la atmósfera de las selvas parece impregnada, no solo de los perfumes terrestres, sino tambien de las armonías de las aves y de los misteriosos sonidos de la soledad.

Y no era porque el amor faltara en aquella casa, porque Vírgen.... estaba enamorada.

En la sala estaban reunidos el padre, la madre y la hija: ésta, contra su costumbre estaba cuidadosamente ataviada.

—Pero, hija mia, decia Magdalena, ¿realmente le amas? Yo abrigo la misma duda que tu padre.

—Sí, le amo, y no sé por qué esto te sorprenda. ¿No es un hombre honrado, rico, no me tiene ca-

riño? ¿Tú tambien, madre, me crees capaz de no dejarme seducir sino por las ventajas exteriores?

—Yo no dudo ya, Magdalena. No sé por qué Don Mauro no pudiera inspirar amor.

—¿Pero olvidar tan repentinamente aquella pasion?.... continuó la pobre señora, haciendo esfuerzos para no llorar.

—Pero, mujer, eres mas niña que tu hija. ¿Quién hace caso de las primeras impresiones?

—Creí que amaba á Jacinto; juzgué que aquella pasion seria eterna, dijo Vírgen con su angelical sonrisa, bajando los ojos y con un repentino rubor que tiñó nuevamente sus megillas.

—¿Todavía no lo crees, Magdalena?

—Sí, sí lo creo.... respondió.

Pero despues de un momento de silencio, exclamó:

—Pero ¡si no puede ser!

—Lograrás hacerme incomodar.

—¡Incomodarte!.... No. Solamente que soñaba con pasar tranquilamente mi vejez al lado de mi hija y de Jacinto. ¿Qué quieres? ya me habia acostumbrado á verlo como un nuevo hijo que me habia dado Dios.

—Pues lo que yo he soñado siempre, replicó D. Antonio, es que Vírgen sea dueña de sus acciones

y que ella misma elija el esposo que ha de hacerla feliz. ¿Por qué quieres obligarla á que tome el que tú elijas? Este asunto, Magdalena, es un asunto de corazon, y siempre he creido que los padres no debian tomar en él otro participio que el del consejo. Y vamos, ¿cuál es lo malo que en Don Mauro encuentras?

—No..... nada..... yo no digo..... pero es un usurero, añadió con voz casi imperceptible.

—¡Usurero! vaya una preocupacion! El usurero es un comerciante como todos los demas, que en vez de expecular con otra mercancía, expecula con la mercancía moneda. ¿No me cuesta la azúcar ocho y la doy á doce? Pues él recibe á ocho el dinero y lo vende en doce, ¿qué diferencia hay?

Vírgen sufria horriblemente durante estas disusiones; pero, por fortuna suya, D. Antonio, despues de exponer su brillante argumento, notando el mal efecto que producia en su mujer, se levantó y se retiró á su cuarto, donde permaneció entregado á cuestiones de economía política.

Magdalena, así que se vió sola con su hija, se le acercó, y tomando sus dos manos entre las suyas entrelazadas, y contemplándola fijamente entre las rebeldes lágrimas,

—¿Pero es cierto? le dijo.

—Sí, madre mia, sí. ¿A qué viene esa duda?

—Pero, si yo no puedo creerlo! Mira, Vírgen, yo amé á tu padre como tú amas á Jacinto....

—Como lo amaba, querrás decir.

—¡Pero es posible!

Vírgen tomó un aspecto sério.

—Madre, dijo, si te opones á mi enlace con D. Mauro, á pesar de mis deseos no se verificará nunca; jamas te causaré, sabiéndolo, la menor pena. ¿No quieres que sea su esposa? Hoy mismo quedarán rotos nuestros compromisos.

—Me es necesario creer lo imposible..... vamos, no, no me opongo.... haz lo que mejor te plazca.... ¡Dios te haga feliz!

.....

Vírgen tomó violentamente su abrigo, y se dirigió al templo de la Salud, donde la hemos encontrado.

XII

—¡Usurero! repetia Don Antonio; ¿qué entienden las mujeres de eso? Nadie deberia hablar de lo que no entendiera....

Entre paréntesis, Don Antonio pretendia reducir al mutismo á la gran mayoría de los vivientes.

—¡Usurero! Y vamos á ver, ¿qué cosa es un usurero?

Como si fuera una contestacion, á su pregunta, apareció en la puerta un viejecito delgado, pero no esbelto; el color de su tez era amarillento, y las manos largas y arrugadas. El rostro anguloso hacia recordar al águila, como la hace recordar el perico; inclinaba el cuerpo hácia adelante, y al andar se movia su cabeza á compás de sus pasos.

Vestia un pantalon del antiguo lienzo llamado perpetuela, el cual en otro tiempo habia sido negro, pero en el que se notaban los estragos de los años, cosa no muy difícil, pues los géneros tambien tienen sus canas, y las de la perpetuela son canas verdes. Su chaleco era demasiado largo, y el saco, color de chocolate claro, demasiado ancho.

Tenia los ojos chicos y un tanto cuanto alegres, y una eterna sonrisa dilataba sus labios, dando á su conversacion un colorido particular.

—¿Se puede entrar?

—Adelante, amigo Don Mauro, ¡qué pregunta! está usted en su casa.

—Por favor de usted, mi amigo; permítame tomar asiento.

—Me alegro ver á usted por acá tan temprano, pero lo extraño, pues no es su costumbre.

—Negocios graves, mi amigo, negocios graves. Cuestiones financieras.

Don Antonio palideció horriblemente, y queriendo disimular, tosió diferentes veces.

—He meditado mucho la proposicion de usted, mi amigo.....

—¿Y bien?..... dijo Don Antonio con visible ansiedad.

—Poco á poco, mi amigo; usted ha contraido muchas deudas, muchas.... y quiere usted que yo le preste el dinero para cubrirlas, cuyo dinero figurará como capital para la formacion de una compañía de comercio. Hace seis meses me propuso usted ese plan, y yo he dudado, he vacilado.... y sin embargo, de entonces acá, ha contraido usted más deudas que nunca..... Ah, ah, ah, añadió riéndose, ¿cree usted haberme envuelto en sus redes? Soy muy zorro para eso.

Don Antonio habia vuelto á toser varias veces durante esta relacion, pero al final de ella se irguió en su sillon; creyó haber recibido un insulto, y solo la cólera y la angustia le impidieron responder.

—No, mi amigo, prosiguió Don Mauro, yo no me dejo engañar. ¿Qué dijo usted? "Este pobre

hombre va á creer que estoy arruinado, va á creer que debo mucho y que no puedo pagarle.... siendo mi hijo político, no puede dejarme en tal situacion; me da el dinero, y hé aquí formada la compañía...."

Don Antonio no comprendia bien los discursos de su interlocutor.

—Está usted descubierto, continuó éste con su eterna sonrisa; no tiene usted escapatoria. Estaba usted empeñado en que su yerno habia de ser comerciante como usted, y viendo mi repugnancia por esa profesion, inventó usted ese medio para obligarme á serlo.... ¿lo negará usted? Vamos, hombre, parece que lo que se ha descubierto es una conspiracion contra el gobierno, segun el aire azorado que manifiesta.... Sirva esta leccion para enseñarle que no es fácil engañarme, y por lo demas, al dia siguiente de n i boda, tendrá usted el dinero. Quiere usted hacerme comerciante? Sea.

Don Antonio habia sufrido horriblemente: las diversas emociones que habia experimentado, habian descompuesto todas sus facciones. Quien lo hubiera visto repentinamente en aquel momento, no lo hubiera conocido. Poco á poco se repuso.

—Héme aquí comerciante al pormenor, prosiguió Don Mauro, mas alegre que nunca. ¿Quién

me lo hubiera dicho? Vamos, mi amigo, que nunca lo hubiera creído. Ha sido profesion por la que he tenido siempre un odio cordial.

—No tiene usted, Don Mauro, no tiene usted razon....

—No ha de lograr usted contagiarme. Abrazaré esa clase de comercio por complacer á usted, por lograr ser el esposo de Vírgen.... la ambicion suprema de mi vida.... pero jamas por convencimiento. Yo me contento con mi pequeño ingenio de Apamudícuaro, que me da el azúcar suficiente para pasar la vida sin fatigas.

—No deben ser los productos tan pequeños como usted se empeña en manifestar.

—Pequeños, mi amigo, demasiado pequeños. Gracias á que he sido económico y siempre solo, no me encuentro en la miseria.

—Pero no es posible creerlo así, y usted mismo da una prueba en su contra, ofreciéndome una cantidad bastante respetable.

—¡Ay, mi amigo! vea usted lo que son las apariencias! El dinero que hoy puedo ofrecerle, formó la herencia que recibí de mi padre, y la cual no habia querido tocar.

—Pero lo ha tenido usted improductivo durante tantos años!

No es difícil conocer que Don Antonio fingia creer á Don Mauro, estando perfectamente convencido de que su relacion era una solemne mentira. Muy bien conocia cuál era la especulacion que habia enriquecido á su futuro yerno, y por otra parte, todo su anhelo era desviar la conversacion de su punto de partida.

—Improductivo, mi amigo; inútil, completamente inútil.

—Ya no lo será de hoy en adelante.

—Pues será debido á usted, mi amigo, y á su ingenioso empeño.

Las diversas sensaciones que Don Antonio habia sufrido, sucediéndose en su alma la vergüenza, el corage al creerse insultado, el gozo al conocer el verdadero sentido de las palabras de su interlocutor, la esperanza tan próxima de reparar un mal que habia creido irreparable, todo esto lo habia aturdido como si hubiera recibido un fuerte golpe en la cabeza.

Estaba displicente y violento por quedarse solo.

Por fortuna suya, Don Mauro no permaneció largo tiempo, pues habiéndole manifestado que el objeto principal de aquella entrevista era fijar el dia de su enlace, y oyendo que Don Antonio le contestó que necesitaba consultar á Vírgen y á su

madre, se despidió, encargando á su amigo influyera con toda su autoridad para abreviar aquel deseado momento.

Don Antonio se dejó caer en su sillon y permaneció algun tiempo con la cabeza apoyada en sus manos; en su cerebro se sucedian con vertiginosa rapidez los mas encontrados pensamientos, y estaba agobiado por la reaccion de la fuerza que se habia hecho por manifestarse sereno. Al fin alzó la frente, y hablando en voz alta, sin darse cuenta de ello, exclamó:

Debí habérselo dicho todo; dejar que se engañe, es lo mismo que si yo lo engañaaa.... El lo sabrá, él lo sabrá

XIII

Puro está el ambiente y la brisa recorre las orillas del lago murmurando en voz baja. Las flores se mecen coquetas y descuidadas y exhalan con prodigalidad sus perfumes, como quien sabe que siempre tiene que dar.

El lago está dormido y apenas alienta, como un niño cuya respiracion apenas se percibe; ligeras bar-

cas lo surcan de todos lados y las islas se levantan sobre las aguas como hermosos ramilletes de verdura.

Los pelícanos de grandes alas atraviesan el espacio, y las garzas rosadas se mecen tranquilamente sobre los tulares.

¡Qué bellas son las márgenes de los lagos!

Parece que allí la naturaleza aparta su misterioso velo, anhelante por mostrar al hombre todos sus encantos; parece que envia á los placeres á rodear al que viene á admirar sus maravillas.

No es creible que recostado sobre aquella yerba acabada de nacer, arrullado por aquellas brisas húmedas de alas mojadas, y rodeado de aquella atmósfera de perfumes, se pueda dar cabida al sufrimiento.

. . . . . .

. . . . . .

Recostado sobre la yerba, aspirando los aromas de la mañana y bañado por la suave luz de un sol acabado de nacer, estaba un jóven.

¡Y sufria!

En vano su amigo lo habia traido en medio de aquel cuadro encantador; la naturaleza para él estaba muda, y un dolor incesante bañaba su alma.

¿Se puede comprender el tormento del que per-

diera la respiracion y fuera de su atmósfera natural, quedara, sin embargo vivo?

¿Y se podrá comprender el dolor del que ama con todo su sér, que de ese amor vive, y pierde tal amor?

Afortunadamente el universo no ha sido entregado al acaso y no es un ciego destino el que lo rige.

Siempre que existe ese amor, es correspondido.

No ha sido creado un sér para amar de ese modo, sin que no haya producido al sér que debe pagarlo.

Raras, muy raras veces se ha concedido tal amor al corazon humano, y aunque hay muchos que creen sentirlo, se equivocan. Creen que su amor es ya muy grande, pero es ¡desgraciados! porque en su pequeñez no son capaces de comprender que pueda existir otro amor mas grande todavía.

El que ha sido tan feliz que siente dentro de su alma ese amor inmenso, nunca se engaña creyendo que lo tiene, pero muchos que no lo poseen abrigan la falsa creencia de poseerlo, así como el niño, que medio dormido descansa en su cuna, cuando es acariciado por su madre, jamás equivoca con otras sus caricias, pero acariciado á veces por extraña persona, juzga en su error que son las de su madre.

Hay séres que están predestinados á saborear en este mundo las delicias del cielo, y á estos es á quienes se ha dado el amor tal como él es; su llama con

todo su ardor; su ardor con todo su fuego; su fuego con toda su inmensidad.

Este amor siempre es correspondido.

¿Se concibe perjura á Isabel Marsilla, ó no correspondido el amor de Abelardo? ¿Se concibe á Pablo sin Virginia?

Generalmente el que ama, no tiene AMOR, tiene solo parte del amor. Solo séres privilegiadísimos lo poseen TODO ENTERO, y éste es el que no puede dejar de ser correspondido.

Amor quiere decir amor de dos, y es sinónimo de correspondencia.

Amor y amor mútuo no se diferencian en significado.

Tener amor y no ser amado, es tener solamente parte del amor.

Amar, es amar al que ama, como encender es inflamar al que arde.

¿Cómo existiria la llama si no fuera abrasando al objeto que ella enciende?

¡Amor! pero amor es union, ¿puede concebirse la union sin uno?

El amor hace que el amante esté en el amado, y el amado en el amante; si este efecto no lo causa, no hay amor.

Amor sin union, seria amor sin amado, ó sin amante.

Será cariño, simpatía, ó cualquier otra cosa, menos amor.

Si la persona que amamos no es la mitad de nuestra alma, no es nada. Si no somos nosotros viviendo en ella y ella habitando en nosotros, no existe en nosotros el amor.

Para concluir, una observacion: si un gran amor no fuera correspondido, resultaria un absurdo, porque si el que es así amado no corresponde á ese amor, es indigno de él, no puede inspirarlo.

Esto seria haber efecto sin causa.

Por eso el amor lleva en sí su correspondencia.

Si es posible que ésta se pierda, es el amor que se divide, el amor que se muere.

El amor que se muere!..... Jacinto se moria.

¡Qué dolor para aquel que vive, y cuyo tormento es la falta de vida!

Antes, su alma respiraba en el amor, como en su atmósfera; herido su amor, respira ahora en una atmósfera de dolores.

Su espíritu se hallaba como si en lugar de su cuerpo se le hubiera dado un cuerpo de vivísimas llamas.

Su amor, su amor era él mismo, y se le habia arrancado este amor.

Era arrastrado á donde no era posible ir; era detenido donde no era posible que estuviera.

¡Llorar! ¿Y qué es llorar para este tormento?

Octavio sí lloraba.

Tomaba la ardiente mano de su amigo, y hubiera dado toda la ventura de que era capaz por ahorrarle un solo momento de sufrir.

¿Pero qué puede hacer? ¿Qué hace la madre delante de un cadáver?.....

¡Imposible!.... ¡Cuánto horror es medir el abismo que en esta idea se encierra!

En vano pretendia distraerlo de su contínuo pensamiento. Lo llevaba al lago, sabiendo de antemano que la distraccion era imposible; volvian á la ciudad, y en todas partes Jacinto no tenia mas que una idea, pero era una idea de bronce, inflexible y eterna.

Una noche, la pasó Jacinto un poco más reposado que de costumbre; Octavio nunca la habia pasado mas agitado.

—Imbécil, se decia; ¿de qué sirve mi amistad, si en su mayor desgracia le es inútil? Qué, ¿alguna vez ella será impotente?.... Pero, ¿qué hacer, Dios mio, qué hacer!

Acusándose y llegando casi á la desesperacion, vió que las primeras luces de la mañana penetraban por los balcones.

—Pero es preciso hacer algo, se dijo arrojándose del inútil lecho; pero es preciso hacer algo.

XIV

La exclaustracion ha venido á enseñarnos que los conventos de monjas tenian no sé qué apacible y tranquila hermosura, tanto mas notable, cuanto que contrastaba con el ruido y alboroto exterior.

Aquellos corredores tan blancos, aquel suelo de un colorado tan vivo, aquellas bóvedas, en las que parecia que la luz se reclinaba con delicia, aquellas macetitas siempre verdes, cuando no siempre floridas, y aquellas aves que parecian enseñar á sus dueños que se puede cantar alegremente, sin embargo de no gozar de libertad, todo respiraba cierto perfume desconocido, algo como una aspiracion al infinito, como una protesta contra la materia, que nos impide volar por los espacios celestes.

Es encantador todo lo que tiene relacion con ese sér hechicero que se llama la mujer; sér rodeado

siempre de misterios cuya oscuridad es precisamente quien lo hace incomprensible.

La mujer que rie, nos hace felices; la que llora, nos lastima; la que ora, nos hace caer de rodillas.

Una sola parte de los conventos era triste y sombría: esta parte era el locutorio, como si quisieran velar todo el interior á los ojos de los profanos.

En el locutorio del convento de Pátzcuaro estaba Doña Magdalena. Acababa de despedirse de las monjas, que hacia muy poco tiempo, al ser ocupada la ciudad por los franceses, habian vuelto á la clausura.

Octavio buscaba la ocasion de hablar á la madre de Vírgen, y entró al convento, aprovechando la que se le presentaba.

—¿Me conoce usted, señora?

—No tengo ese honor, y me extraña....

—Deseo hablar con usted sin testigos, y por eso me tomo la libertad....

—Caballero, permítame usted que le manifieste lo inconveniente de sus palabras, y que le suplique me deje retirar.

—No, señora, por Dios, por el cariño de su hija, cuya felicidad en alto grado me interesa. Usted es su madre, y lo sé, una buena madre, y ella no oculta á usted ninguno de sus sentimientos; usted

ba visto á Jacinto como si fuera su propio hijo, y yo, que soy su amigo, yo que soy su hermano, no puedo ver indiferente que se destruya la felicidad de uno y otro.

Aquel torrente de palabras no dió tiempo á Magdalena á volver de su sorpresa; ella, por otra parte, por un vivo presentimiento, por ese instinto innato en la mujer, y más cuando es madre, deseaba entrar en explicaciones con aquel hombre que le abordaba tan bruscamente; pero los respetos sociales la contuvieron, y más sabiendo lo que Octavio ignoraba, que la madre priora se encontraba tras de las rejas; y con una actitud de enojo, si bien templado por la política, se despidió del jóven.

Este se quedó metitabundo, inmóvil, en el lugar en que lo habia dejado Magdalena, y se dijo:

—Mal medio hemos escogido en la humanidad para comunicarnos: la palabra! Si los corazones fueran trasparentes, nos hubiéramos entendido.

XV

En un aposento del piso bajo de una antigua casa, aposento donde era necesario encender luz po-

co despues del medio dia; frente á un gran escritorio de madera negra adornado con chapas de bronçe, las que por su antigüedad sobrepujaban el color de la madera; con la pluma entre los dedos y la vista fija en un inmenso "Libro mayor," estaba un jóven.

Era el escritorio de Don Mauro, y el que escribia, su dependiente, Octavio.

Pero no escribia, meditaba.

De vez en cuando, maquinalmente mojaba la pluma en el tintero y volvia á suspenderla sobre el papel, sin que llegara á trazar ninguna letra:

—Esto es hecho, se decia; el poder es impotente, la fuerza es débil, la amistad inútil.

¿Cómo saber lo que piensa Vírgen? ¿La sacrifican? Si es así, ¿quién la sacrifica? Su madre la adora y quiere á Jacinto; su padre es incapaz de una energía salvaje que seria necesaria.... ¿qué sucede, pues? ¿quién me descifrará este arcano?

Ahí hay misterio, pero ¿cuál es la clave?.... Si la amistad no adivina, ¿para qué sirve la amistad?

Y volvia á mojar la pluma, y llevaba á los labios el extremo opuesto, y con los dedos de la mano izquierda golpeaba sobre el papel, con movimientos de impaciencia.

—Magdalena no quiere hablar de secretos íntimos

mos conmigo, porque soy un extraño...? Pero, ¡cómo he de ser un extraño!.... Y Vírgen, ¡cómo hablarla! Verla sin testigos, es imposible; le he escrito que me conceda una entrevista, y me devolvió la carta sin abrirla. Debe estar enojada con Jacinto; pero ¿por qué! lo habrán calumniado! quién! con qué objeto!.... ¡Hay para volverse loco! Sí, y este va á ser el resultado.

Un mozo, portador de varias cartas, interrumpió el soliloquio del jóven; Octavio las tomó, y con marcadas señales de impaciencia las arrojó sobre otras muchas que sin abrir descansaban en la gaveta.

Decididamente, Octavio se habia hecho un dependiente pésimo.

Los libros estaban atrasados en muchas semanas, la correspondencia sin contestar, el pleito interrumpido por falta de datos, que el abogado pedia en vano.

Y no era que el jóven se negara á trabajar, no eran actos voluntarios los que ejecutaba. Con toda resolucion se sentaba al escritorio, abria el libro y enristraba la pluma; pero al momento de comenzar, una divagacion poderosa, superior á sus fuerzas, se apoderaba de él.

En este momento, no sabia que habian traido

las cartas, ignoraba que las habia tomado, no tenia conciencia de haberlas arrojado en la gaveta. Si acaso Don Mauro le hubiera preguntado si habia venido el cartero, sin vacilar, y sin creer que decia una mentira, hubiera afirmado que no.

Luego que se quedó solo, cerró el libro que tenia delante, lo puso con cuidado en su lugar, tomó otro, lo abrió, y volvió á quedarse pensativo sobre él.

Otra vez fué interrumpido por la llegada de un nuevo personaje.

Era un hombre de 40 á 50 años, de patillas negras y cabello entrecano; su vestido era todo de gamuza, y un sombrero, inmensamente ancho, habia pasado de su cabeza á su mano, que lo hacia girar como una rueda de molino: era el mayordomo de una hacienda de Don Mauro.

—Buenos dias, señor amo.

Con estas palabras, que se vió obligado á repetir con todo y pleonasmo, llamó la atencion del jóven.

Y á propósito de tal frase, tal vez hago mal en trascribirla en su originalidad nativa. Hay, es cierto, algunos escritores que pretenden fundar la literatura nacional valiéndose del lenguaje ordinario de la gente del pueblo; pero yo creo que alterar el sen-

tido gramatical de las palabras, más que introducir la literatura nacional; es hacerla pedázos.

La novela, lo mismo que la comedia, repelen este medio, que siempre es de mal efecto, aunque muy en boga entre los dramaturgos españoles.

Cansados estamos todos de ver sobre la escena á un andaluz ó á un gallego, que con frecuencia dejan al público sin saber lo que el autor quiso decir, á pesar de que el actor hace esfuerzos lastimosos por imitar á aquellos provincianos.

¿Qué se pretende con esto? Imitar al natural á los personajes que se representan?

Los autores de tales dislates se disculpan diciendo: "Así hablan los andaluces, así se expresan los gallegos, y así deben hablar y expresarse en el teatro."

Si tal asercion fuera cierta, cuando la accion pasara en Inglaterra, los actores no deberian hablar en castellano, y el Edipo no podria representarse sino en griego.... para mayor claridad.

¿Por qué si hacemos hablar á Don Sancho de Navarra en el castizo español moderno, no hacer hablar á un andaluz en castellano correcto?

Se dirá que la costumbre que aquí se critica se se usa únicamente cuando todos los personajes hablan en buen español y solo uno ó dos de ellos,

un andaluz, un ranchero, un negro, se introducen en el diálogo, y para no faltar á la verdad histórica. Tampoco esta razon es admisible. La emperatriz Doña Isabel, jamás permitió que le hablaran en otro idioma que en el suyo, y ella misma jamás habló el español, en la corte de Madrid, ¿y cuando se quiera poner en escena la familia de Cárlos V, se deberá interrumpir el diálogo castelleno con las palabras portuguesas de la emperatriz, ó con las que á ella le dirijan?

—Buenos dias, Ignacio, contestó Octavio volviendo de su abstraimiento. ¿Por qué vienes á Pátzcuaro sin órden de dejar la hacienda?

—Señor, temí una desgracia, pues no he recibido contestacion á ninguna de mis cartas; ademas esa contestacion era urgente, y he venido por ella. Carriedo el gefe imperialista, exije la multa, y el general Régules el préstamo; tres dias faltan de plazo para la primera, y con trabajo he conseguido ocho dias para pagar el segundo.

—¿Pero qué multa? ¿que préstamo?

—¡Cómo! ¿no recuerda vd., señor? ¿ó no se han recibido mis cartas? Las tropas republicanas pasaron por Apandícuaro y por no haber denunciado este hecho al gefe de Zamora, ha multado al ingenio.....

—¡Ah! sí, dijo Octavio, recordando, como en

sueños, haber recibido cartas del mayordomo, que sin abrir habia guardado. Espera.

Y haciendo un esfuerzo de voluntad para conseguir tener atencion, fué á la gaveta, la abrió y buscó, guiándose por la letra de los sobres, las cartas del buen Don Ignacio.

Eran tres, y las leyó.

El general Régules habia pasado, hacia diez ó doce dias, á inmediaciones de Apandícuaro, y habia ocupado á San Simon, propiedad de un francés, protegido, por lo mismo, por el ejército expedicionario, tocando á las puertas mismas de Zamora. Cuando Carriedo salió de esta plaza, Régules se habia retirado por los mismos puntos que habian hecho su anterior camino; los imperialistas siguieron en su persecucion, pero él, por un movimiento extratégico, hizo un rodeo, y se colocó á la retaguardia de los que creian ir tras él, volviendo al ingenio de Don Mauro.

Carriedo, cuyo corage aumentaba con tantas marchas inútiles, habia impuesto una fuerte multa á Apandícuaro, por no haber avisado el paso de los republicanos, pues sabido es que los franceses castigaban á los que no eran denunciantes ó que no se querian hacer sus cómplices.

No habiendo sido satisfecha la multa al venci-

miento del plazo, el gefe zamorano la habia triplicado.

Apenas recibida la órden de multa, habian llegado los juaristas á la hacienda y habian pedido un préstamo forzoso. Las cartas, pues, decian lo mismo que ya Don Ignacio habia en resúmen hecho saber al jóven.

Octavio se puso rojo de cólera y vergüenza al ver que por su culpa, aunque involuntaria, se habian seguido graves males á la casa de Don Mauro, que habia puesto en él ilimitada confianza.

Decidió desde luego confesarse culpable, y reparar, en cuanto fuera posible, los daños ocasionados. Despidió al mayordomo prometiendo despacharlo al dia siguiente con el dinero é instrucciones, y se puso á trabajar con su antigua energía.

Dos horas hacia que revolvia libros, arreglaba papeles y ponia en órden los asuntos atrasados, con una actividad febril, cuando entró Don Mauro, que hacia algunos dias tampoco se cuidaba de negocios, ocupado solo en sus agradables proyectos.

XVI

Uno de los mayores beneficios que pueden deberse á los padres, uno de los mayores motivos de gratitud que pueden tener los hijos, consiste en llevar durante la vida un nombre que no sea repugnante ó ridículo.

En materia de nombres, nuestro idioma es por demás prosáico, y con frecuencia nos encontramos con algun Serapion, ó Márcos, ó Bárbaro, que nos hacen antipático al que lo lleva.

Mayor mal es este para las mujeres, y será un héroe el que se atreva á casarse con una Ruperta, con una Marcota ó con una Pantaleona.

El nombre es algo de nuestra personalidad; no solo es una cosa nuestra, sino que somos nosotros.

Que se llamen "marcos" á las chambranas de las puertas ó á las tablas desvencijadas que encajonan un mal pintado paisaje, ó que se aplique el mismo nombre al compás de los zapateros, sea en hora buena; ¡pero obligar á un individuo á que con su nombre le tomen medida para sus zapatos!!!

¡Se concibe á una jóven diciendo: "Yo te amo,

Márcos," ó "Yo te adoro, Pipino," ó bien, "Tú eres mi vida, Godelevo"?

Posible es; pero ¿es posible?

El primer nombre le recordaria los últimos botines que le apretaban, y el segundo no podria menos que traerle á la memoria la ensalada.

Un amigo mio conoció á una mujer, bella por cierto y en extremo simpática, que tenia uno de esos nombres inverosímiles, y en la noche tuvo una horrible pesadilla.... soñó que lo ahogaba, sentia que algo tenia atravesado en la garganta, y..... era *que no podia pasar* aquel nombre.

Don Mauro no debia estar muy agradecido á su padrino.

Entró al escritorio, y en su rostro rebosaba la alegría interior, alegría que se aumentó al ver á su dependiente tan activamente entregado al trabajo, á pesar de haberse él desentendido completamente de los negocios.

Ya sabemos que Don Mauro tenia una absoluta confianza en Octavio, y que firmaba las cartas y documentos que le presentaba, sin leerlos siquiera, haciéndose solamente dar cuenta verbal, con un extracto, de los negocios. Una larga experiencia le habia mostrado que aquella confianza en su *factotum* era muy merecida.

Este, al verlo entrar, se levantó, resuelto á confesárselo todo.

—Malas noticias, señor. Este fué su saludo.

—No me hables de ellas, Octavio; déjalas para otro dia. Por ahora quiero estar contento, muy contento. Te prohibo que me digas nada que no sea agradable.

—Pero, señor, es que.....

—Nada, nada; arregla ese mal negocio como puedas, que lo harás bien, y ya me lo harás saber mas tarde. ¿Sabes que soy muy dichoso?

Aunque Don Mauro trataba á su dependiente con afectuosa familiaridad, jamás habia hablado con él sino de negocios; el jóven, que lo tenia bien conocido, no pudo por lo mismo dejar de sorprenderse con aquella especie de confidencia. Por lo demas, se alegró de su fortuna, que le dilataba por algun tiempo la dolorosa confesion que iba á hacer, y tanto más, cuanto que no lo haria sino cuando hubiera puesto el remedio á los males ocasionados.

Don Mauro se dirigió á su gigantesca mesa, tomó una pluma de ave, pues jamas habia podido acostumbrarse á la de acero, sacó una pequeña navaja de su cartera, y con el cuidado de quien se entrega á una ocupacion importante y difícil, se

puso á cortar muy despacio la pluma. En seguida buscó un papel inútil para probarla, y satisfecho, sin duda, de su obra, comenzó á escribir.

Octavio volvió á su trabajo.

XVII

—Buenos dias, dijo en la puerta la conocida voz de Don Antonio.

—Buenos dias, mi amigo, entre usted.

Y se apresuró á ofrecerle asiento.

A la vista del padre de Vírgen, dió un vuelco el corazon de Octavio.

—Estaba ocupándome de nuestro negocio, mi amigo.

—Debo á usted una explicacion, señor Don Mauro.

—¿Una explicacion?

—Sí; no me creeria un hombre honrado si no lo hiciera.

A estas palabras, Octavio se levantó, disponiéndose á salir de la estancia.

—Puedes quedarte, le dijo Don Mauro; ya que está aquí mi amigo, aprovecho la ocasion de decir—

te que dentro de pocos dias serás el tenedor de libros de una nueva casa de comercio. Mi amigo Don Antonio y yo formamos compañía.

—Sí, quédese usted, repitió Don Antonio; considero á usted como de la familia de mi socio.... de mi yerno, y para usted no debe haber secretos.

Tal vez Octavio se hubiera quedado, aunque lo despidieran: aquellas palabras del padre de Vírgen lo hicieron palidecer; vaciló, y hubiera caido si no se apoya en el escritorio.

—Sí, es de mi familia, y por lo mismo, pronto será de la suya; sí, pronto.... pero ¿cuándo, mi amigo?

—Venia á traer la contestacion á esa pregunta: así Magdalena como Vírgen y yo, hemos fijado el plazo de un mes; ¿qué dice usted?

Don Mauro dió un salto en la silla, rebosábale la alegría por todos los poros del cuerpo.

Octavio se creia presa de un horrible delirio.

—Pero antes, señor, deseara explicarme con usted.

—Diga cuanto guste, mi amigo, diga cuanto guste, repitió Don Mauro sin fijarse en el tono solemne con que Don Antonio habia hablado.

—Yo hice mal en no haber desengañado á usted el otro dia. Usted, señor Don Mauro, se ha

empeñado en creer que no estoy quebrado, y.... lo estoy, señor, arruinado completamente.

Dijo estas palabras con una especie de resolucion salvaje.

—¿Pero es verdad? ¿no fué un engaño para obligarme á entrar en la compañía?

—Va usted á formarla con un comerciante quebrado, ¿quiere usted?

—Usted es un hombre honrado, mi amigo, y si la desgracia pudo hasta hoy perseguirlo, usted sabrá vencerla con trabajo y constancia. Al cabo todo el mundo ignora su penosa situacion, y seria inútil suplicarle que no la haga pública.

—Vamos á ver, prosiguió interrumpiéndose: ¿cuánto debe usted?

—Unos.... ochenta mil pesos.

Y al hablar así, el comerciante estaba rojo como la grana.

—Pues bien, mi amigo, bien sé que el interés no es su móvil, pero el honor de usted es ya el honor mio; no permitiré que sea manchado el nombre de mi esposa. Daré á usted, no solo la cantidad en que habiamos convenido para formar la compañía, sino que, además de ella, prestaré á usted la suma necesaria para cubrir sus anteriores

deudas. Ya ve usted que hizo mal en no ser franco conmigo desde el principio.

—¡Usted es mi salvador! exclamó el comerciante en un trasporte de alegría que no pudo disimular. Usted salva el nombre de mi padre y el de mi hija.....

—El de mis hijos tambien, dijo sonriendo y correspondiendo al abrazo de su socio.

XVIII

Magdalena, sentada cerca del balcon entreabierto, bordaba.

El aposento estaba á media luz; el silencio de la casa correspondia al de la calle, y solo de cuando en cuando un zenzontle elevaba algunas armoniosas notas, que inspiraban, no la dulce alegría que cuando libres comunican á la selva, sino la melancolía que hace nacer el canto de un prisionero.

La madre de Vírgen se ocupaba con lentitud de su bordado; tomaba finísimos gusanos de oro, preparados de antemano, y uniéndolos en un hilo pendiente del lienzo, iba acomodándolos uno por uno. La pobre señora duplicaba en ese trabajo su tris-

teza, porque aquel gorro griego que cuidadosamente adornaba, lo habia comenzado para hacer un regalo á Jacinto. Ahora se proponia concluirlo y guardarlo como un recuerdo de mejores dias.

Casi una hora hacia que estaba silenciosa entregada á aquella ocupacion; sus movimientos eran pausados y monótonos, siempre los mismos; se creeria que eran los movimientos de una máquina.

Y casi maquinalmente eran, en efecto, sus operaciones, pues Magdalena pensaba en bien distintas cosas de lo que hacia.

Pensaba en aquel jóven, que diciéndose hermano de Jacinto, la habia sorprendido en el locutorio de la Salud.

Tenia un vivo presentimiento de que aquel desconocido podia hacer mucho en favor de su familia y de ella misma. ¿Qué? Lo ignoraba. Por lo demas, no era fácil volver á encontrarse con él.

Para los que no conozcan á Pátzcuaro, es necesario advertir que en él no hay sociedad. Sus familias, aunque siempre en buena armonía, están en completo aislamiento, y solo se encuentran en los templos.

El teatro les es desconocido, y muchos años se pasan para que se reunan algunas con motivo de un paseo á la laguna, y más todavía para que ten-

ga lugar el verdadero acontecimiento de una tertulia.

No hay en la ciudad siquiera un lugar determinado para paseo, ni dias destinados á él, á pesar de contar con primorosos alrededores, y para concluir la pintura, basta saber que aun los balcones son inútiles, á no ser para la perspectiva, pues jamas las jóvenes tienen el atrevimiento de ocuparlos, y cuando más, se sientan en sillas bajas, detrás de la vidriera, para no ver pasar á nadie por la calle, continuamente solitaria.

De repente suspendió Magdalena su labor y levantó la cabeza, y era que habia escuchado la voz de su hija, que cantando alegremente, salia de su alcoba, dirigiéndose á la sala, donde se encontraba la señora.

La voz de Vírgen no estaba educada, y cantaba como un zenzontle, por instinto; pero como era ave, cantaba bien.

Era una voz dulce, no viciada por la *gimnástica del arte*, y cuyas armonías naturales no decian nada al compás del geómetra, pero sí mucho al alma y al corazon.... tal vez del que no lo fuera.

¡Qué grato es oir el canto que dulce al aire se eleva, vibrando en alegres notas, cuando la cantora es bella! Se goza, porque esas notas el alma to-

da reflejan, y al escucharlas se siente su hermosura y su pureza. Lenguaje de los espíritus son los cantos en la tierra; se comprende lo que dicen, aunque explicarse no puedan.

Es grato oir del zenzontle las armoniosas cadencias, y el murmurio de las aguas ó de las brisas inquietas; son gratas sus melodías, ¡pero alma no tienen ellas! Les falta algo que nos digan, que nos digan y que sientan.

En sus hermosos sonidos nuestra alma nada interpreta, á no ser que á aquella música le pongamos nuestra *letra*, creyendo así que nos dicen lo que les decimos á ellas. Pero el canto que se exhala de un alma sensible y tierna, nos dice lo que lo inspira, lo que siente, lo que sueña: nos pinta sus pensamientos, nos comunica su idea, sentimos lo que ella siente y pensamos lo que piensa.

La alegría de Vírgen se traslucia en notas puras, suaves, juveniles, por decirlo así, y revelaban todo un misterio de dicha y de felicidad. Era una alegría comunicativa, y sin embargo, Magdalena sintió que se agrupaban lágrimas á sus ojos. Las enjugó violentamente, y fingiendo volver con calma á su bordado, esperó á su hija, que no tardó en presentarse.

—Pero, madre, le dijo pasando el brazo por su

cuello é inclinando la cabeza hasta tocar la de Magdalena, te he estado esperando en vano, y me obligas á venirte á buscar.

—¡Ah! sí.... se me olvidó.....

—Vaya un olvido. ¡Si vieras qué hermosas telas, qué preciosos vestidos, qué ricos aderezos! Se conoce que Don Mauro estaba prevenido muy de antemano, pues apenas hace ocho dias le comunicó mi padre nuestra resolucion. Pero.... ¿qué tienes?

—Estoy preocupada, y con razon: ¿cómo quieres que una madre asista impasible á los preparativos de la boda de su hija?

—Impasible, no; contenta, sí.

—Vírgen, algun dia serás madre, y verás que no es alegría lo que ese título nos prepara. Ahora mismo, pensando en que vas á separarte de mí.....

—¡Separarnos! ¿y por qué? No, no hay que pensar en ello; viviremos juntos, y esa será mi resolucion irrevocable.

—¡Imposivle! murmuró Magdalena.

—¿Mil veces, antes, no me lo habias dicho?

La pobre señora murmuró otro ¡imposible! entrecortado por un suspiro. El proyecto á que Vírgen se referia habia tenido lugar cuando se imaginaba que su nuevo hijo seria Jacinto.

—Pues sí, señora, prosiguió Vírgen con volubilidad; me habias prometido que viviriamos juntos: y ¡qué bello porvenir me imaginaba! Mira, una casa muy aseada, muy bonita.....

—Basta; tú no entiendes lo que dices: eso es ahora imposible; cree á mi experiencia.

Magdalena evitaba cuidadosamente nombrar al jóven, en quien, sin embargo, continuamente pensaba.

—¡Ahora! ¿qué quiere decir ahora? La misma experiencia tenias cuando tal proyectábamos. Por qué ese cambio? Será porque mi esposo no será Jacinto?

Vírgen pronunció este nombre con perfecta tranquilidad, y sostuvo la investigadora mirada de su madre, que se fijaba tenazmente en sus ojos.

—No hay remedio, dijo hablando consigo misma sin saber lo que hacia, aquello concluyó.

—Completamente, respondió la niña, que la habia oido, y con una sonrisa que parecia burlarse de los pensamientos de su madre.

Esta, buscando un pretexto, se retiró violentamente y lloró.

—Pero, ¡qué necia soy! se decia; no debo afligirme. ¡Parece que soy una niña! Y sin embargo.... no puedo.....

XIX

Si su madre hubiera visto á Jacinto, no lo hubiera conocido.

La palidez de su rostro le daba el aspecto de un cadáver, sus ojos, que parecian haber crecido, no se fijaban en ninguna parte, y vagaban, como si continuamente acabaran de despertar de un profundo sueño y aun no se hubieran fijado sus ideas.

Siempre distraido, no concluia las frases comenzadas, y aunque no tenia conciencia de estar pensando en nada, hacia ademanes como si estuviera profundamente preocupado por un pensamiento que no queria dejar escapar.

Ocho dias hacia que no salia de su aposento. Octavio, que ántes lo obligaba á dar grandes paseos, ya no venia sino de tarde en tarde, y por breves momentos, pretestando grandes ocupaciones en el escritorio. Al verlo salir tan de prisa, Jacinto quedaba sumergido en una profunda tristeza, y al verse solo murmuraba en voz alta:

—¡Tambien él!

En estos dias habia entrado Octavio en una agitacion febril. Trabajaba hasta la fatiga y aun fati-

gado no descansaba, como si tuviera miedo de sus propios pensamientos. Se acostaba muy tarde, como de ordinario, pero contra su tradicional costumbre se levantaba muy temprano. Se diria que era un criminal que queria ahogar sus remordimientos. Pretendia distraer á Jacinto hablando de grandes empresas irrealizables, ó de cálculos abrumadores; pero evitaba nombrar á Vírgen ó á Don Mauro. Ni le habia siquiera indicado el grave acontecimiento que se preparaba, el secreto que habia llegado á sus oidos, del próximo matrimonio, siendo así que estaba ya muy cercano su verificativo.

Jacinto lo oia con resignacion, sin fijarse casi en lo que le decia, y en las largas ausencias de su amigo se reclinaba en un sillon, junto á la mesa, apoyaba en esta el brazo, y así pasaba horas enteras, sin conciencia siquiera de su vida.

No tenia ni la energía necesaria para desear la muerte; vegetaba en el sufrimiento, ya no lloraba; alguna vez, sí, sentia deslizarse por sus megillas una furtiva lágrima que no se apresuraba á enjugar.

Los grandes tormentos, los tormentos agudos, tienen algun lenitivo en sí mismos, y su misma violencia es su consuelo; pero su tormento era lento, monótono, su fuerza era latente, atacaba sin rigor, pero con crueldad.

* * *

Hacia ya tiempo que el sol habia aparecido en el horizonte, y habia encontrado al jóven en el mismo sillon, y junto á la misma mesa; no se habia acostado.

Cualquiera al verlo, diria que meditaba, pero ninguna idea ocupaba á su alma en aquel momento.

Al pronto, maquinalmente y moviéndose como una estátua que anduviera, se levantó y fué hácia la ventana. Mucho tiempo hacia no la habia abierto. Se quedó un momento inmóvil y á poco tiempo, estendiendo el brazo y señalando un punto invisible, exclamó:

—¡Allí!

Detrás de aquellas torres, mas allá de aquellos tejados, se hallaba el bosque, su lugar favorito, donde lo encontramos por vez primera.

Desde que Vírgen habia vuelto de México y habian comenzado para él las desgracias, no habia querido volver allá.

Pero esa mañana se sintió tan solo, que haciendo un supremo esfuerzo de voluntad, salió de la habitacion, y se dirigió violentamente á aquel lugar.

Andaba tan de prisa, que al llegar estaba jadeante, rendido de fatiga.

Llegó á aquellos conocidos sitios y se dejó caer bajo aquellos árboles, en aquel mismo lugar donde tantas venturas habia soñado.

Son bellos los crepúsculos de la mañana cuando el valle está cubierto de flores y el cielo bordado de nubes.

Jacinto reposaba bajo un sombrío bosque illo y se entregaba por completo á las ideas de su situacion.

Jacinto veia las flores que lo rodeaban, sentia las brisas acariciando su frente y percibia los mezclados perfumes de las rosas silvestres, pero no pensaba ni en las flores, ni en las brisas, ni en los perfumes.... sufria.

Sufria ese malestar indefinible de quien no tiene esperanza; ese malestar en que solo se sabe que se vive, porque se sufre.

El sol, por burlarse del jóven, se ostentaba en todo su esplendor, y todos los murmullos del bosque parecia que venian á mofarse de él.

Todo vivia á su alrededor, y él solo no tenia quien compartiera su vida.

¡Aislamiento! Esta palabra, dicha, no parece tan terrible, pero sentida, es el infinito del desconsuelo.

¡Dos! este número pudiera servir de emblema á la felicidad humana. Menos de dos, no hay nada.

El violento ejercicio que habia hecho, seguido de

aquel absoluto descanso, le volvió el uso de sus facultades.

Vinieron á su memoria uno por uno los dias de su esperanza; aquellas alegres cacerías con Octavio, al volver de las cuales ya Vírgen impaciente lo esperaba; aquellos sueños para el porvenir, en esos mismos lugares forjados; toda su anterior vida tan bella por el porvenir que prometia.

Agobiado por sus recuerdos, dejó caer la cabeza entre sus manos.... lloraba. ¡Cuánto tiempo habia pasado sin que hubiera podido hacerlo!

Despues de algun tiempo levantó la frente, vió uno por uno los objetos que lo rodeaban, y se dijo, en medio de un profundo suspiro:

—¡Qué mal he hecho en venir aquí!

XX

Casi á la misma hora en que salia Jacinto de su casa, llegaba Octavio á la de Don Mauro.

El jóven venia agitado y visiblemente conmovido; traia el rostro desencajado, los ojos saliendo de las órbitas, y su mirada era la de un febricitante.

No venia solo; Don Ignacio, el mayordomo de

Apanindícuaro intentaba en vano seguir su paso apresurado, y el pobre viejo estaba tambien visiblemente consternado.

Llegaron á la casa y entraron.

—Don Ignacio, espéreme vd. en el escritorio; aquí tiene vd. la llave.

Este la tomó, y el jóven subió con toda violencia las escaleras.

Llegó á lo alto, y se detuvo ante un pesado porton que le cerró el paso. Llamó con impaciencia y fuertes golpes, y una antigua criada, única servidumbre de Don Mauro, acudió á abrirle, y él, sin hacer caso del saludo de la viejecita, que mas bien parecia regaño, se introdujo á las habitaciones.

Don Mauro envuelto en una ancha bata, se hallaba muellemente sentado en un sillon, frente á una mesa, y tomando muy despacio su nada frugal desayuno.

—¿Qué te trae por acá tan temprano? preguntó perezosamente y volviendo á mojar el pan en el suculento caracas; siéntate.

—Señor.... un asunto urgente.... ¡No sé por dónde comenzar!

—¿Otra vez vuelves con tus malas noticias? Te he prohibido que me hablaras de ellas, y de ningun negocio, hasta despues de mi matrimonio.

—Yo quisiera callar, pero hay cosas....

—Sean las que sean, no me hables de ellas.

—Es que una contra-guerrilla ha incendiado á Apanindícuaro.

Don Mauro saltó en el sillon, como impulsado por un resorte y al caer de nuevo, se hallaba con la boca abierta, los brazos levantados horizontalmente, y volviendo los ojos á todos lados.

—¡Apanindícuaro incendiado!

—Por haber hecho allí resistencia el general Régules. Los imperiales, despues de tomar las posiciones, entraron á saco, quemando despues el ingenio.

El pobre ex-propietario pasaba del color rojo al blanco mate y temblaba como un azogado.

Octavio tambien temblaba, poseido de la fiebre.

Hubo un grave momento de silencio, y durante él, puede asegurarse que Octavio era quien más sufria.

—¡Es decir que estoy arruinado! exclamó Don Mauro levantándose violentamente de la silla y quedándose apoyado en la mesa, como si le faltara fuerza para separarse de tal apoyo.

—Tal vez no enteramente, señor, pues aunque es cierto que el pleito se ha perdido....

—¡Perdido el pleito! ¿qué dices?

—Como vd. me habia prohibido que le hablara de negocios....

Don Mauro tomó al dependiente de un brazo y lo apretaba convulsivamente. Casi no podia hablar, pues tenia los dientes nerviosamente apretados, y apenas con una voz cavernosa pudo exclamar:

—Y tú, ¿por qué me obedeciste?

Con los ojos sanguinolentos fijos en el jóven, parecia querer devorarlo.

—Hay una esperanza añadió Octavio impasible; en Apanindícuaro debe haber tesoros enterrados.

—¿Cómo lo sabes? ¿Quién te lo ha dicho? vociferó Don Mauro con mayor furor que nunca.

—Desde tiempo inmemorial deben allí existir, pues al caer el ingenio, la chusma ha hallado una gran cantidad de oro y plata. Eso se ha perdido, pero debe haber otras.

A estas palabras el anciano habia soltado el brazo del dependiente, y una estátua de mármol no hubiera estado ni más inmóvil ni más blanca.

—¡Desgraciado! gritó por fin con una voz ronca y destemplada: ¡desgraciado de mí! ¡Era mi tesoro! ¡Eso era mio! ¡El fruto de mis afanes y de toda mi vida! ¡Toda, toda mi fortuna!

Diciendo esto dobló violentamente su cuerpo, dejando caer la cabeza sobre una silla, la cual tocaba

con la cara, que se habia cubierto con ambas manos, y sollozaba, y lloraba, y decia palabras incoherentes.

Si no hubiera causado lástima, hubiera hecho reir la figura del pobre viejo; apoyando los piés en el suelo, con las piernas rectas y la otra mitad del cuerpo formando escuadra y revolcando la cabeza sobre el brocatel de la silla.

Octavio tenia las manos crispadas, la boca contraida y las miradas de un loco. Sufria un tormento que ni en el infierno puede tener nombre.

El jóven estaba en pié, inmóvil, y con la vista fija, el viejo haciendo las mas lastimeras contorsiones y ensordeciendo, con roncos ahullidos la estancia.

Otro personaje vino á aumentar el cuadro. Don Ignacio entró y se acomodó en el asiento mas próximo á la puerta; cruzó los dedos de ambas manos, y contemplaba la escena con los ojos mas compungidos que podia.

XXI

Era cerca de medio dia cuando Don Mauro, Octavio y el mayordomo se encontraban en el escritorio.

El primero, sin haber salido del estado de agitacion en que se encontraba, pretendia saber pormenores de la desgracia que sobre él habia caido. En su semblante se conocia la turbacion de su espíritu; las venas de ambos lados de la frente se habian abultado, y se las veia latir; su respiracion ahogada y entrecortada su voz. Un médico lo hubiera creido amenazado de apoplegía fulminante.

Se habia instruido de la catástrofe de Apanindícuaro y de que en su contra se habia sentenciado el pleito en última instancia, condenándolo en las costas.

Don Mauro no queria que sus informantes guardaran silencio, y con palabras y ademanes los excitaba á que continuaran.

Don Ignacio, dando á su voz el timbre mas lamentable de que fué capaz, decia:

—Yo lo supe esta mañana, pues hace ocho dias estoy en Pátzcuaro, donde me ha detenido el señorito, pero hoy, muy temprano, llegaron José María y Nicolás, y me dieron la noticia. Todo perdido, señor, todo perdido.

—En el mismo instante, añadió Octavio, era yo despertado por Petronilo, que venia huyendo como los otros, y me dió la fatal noticia.

—¡Ya basta! gritó mas bien que dijo Don Mauro; retírense, déjenme solo.

Octavio salió.

—¿Y qué hace usted ahí? dijo al mayordomo; ¿no ha oido que le he mandado salir?

—Señor, este papel.

—¿Qué papel? dijo.

Y se lo arrebató con violencia.

Era una comunicacion de Carriedo, en la que se prevenia que si para un dia señalado (y la fecha de ese dia era el de la víspera del en que esto pasaba) no estaban satisfechos, en Zamora, los 500 pesos de multa, se duplicaria esta cantidad, poniendo en prision al dueño de Apaniadícuaro, mientras no se cubria esta última suma.

Este postrer golpe, que debia acabar de abatir al desgraciado anciano, produjo en él una especie de reaccion. Leyó atentamente el papel, y con voz clara y pausada, exclamó:

—Hoy, ni los mil pesos tengo. Hagan conmigo lo que quieran.

XXII

Las amigas íntimas de Vírgen habian acudido á ver las hermosas telas y los aderezos enviados por Don Mauro, pues hacia dias que era público el proyecto de matrimonio.

Las mesas estaban cargadas de adornos, y los vestidos extendidos sobre las sillas; las jóvenes charlaban alegremente y hacian mil comentarios sobre cada objeto, y habian obligado á D. Antonio á envolver y desenvolver los lienzos y á dar su opinion sobre modas y vestidos, en lo que él no era muy erudito, pero se prestaba de buena voluntad, por ver la alegría de su hija, que aumentaba á cada instante con las equivocaciones del buen señor.

Por lo demas, su rostro manifestaba un vivísimo contento, y no solo las niñas, sino él mismo parecia haber vuelto á la primera edad.

Solo Magdalena estaba visiblemente contrariada, formando la sombra de aquel cuadro de animacion y alegría.

—¿Y no sabes, Amelia, decia Vírgen, que nos vamos á México?

—Y yo no sé, añadia Don Antonio, yo no sé pa-

ra qué trajo la carretela desde allá, para volver á llevársela.

—Si no es carretela, papá.

—¿Cómo no? una hermosa carretela abierta.

—Se llama Vitoria, papá.

—Sea lo que sea, replicaba sin darse por vencido; ¡qué hermosa estará mi hija recorriendo los paseos de la capital!.... mira, para la primera tarde escoge este vestido.

—¿En qué piensas? Ni ese trage es á propósito para en la tarde, ni ese peinado para ir en carruaje.

Y se reian á mas no poder, y el mismo Don Antonio las acompañaba de buena gana.

Indefinidamente hubieran continuado en esas hermosas pequeñeces familiares, pero la campana de la Salud vino á interrumpir la conversacion.

Se trataba de una fiesta favorita de las niñas, y de la que, por lo mismo, no podian dispensarse.

Las amigas de Vírgen se despidieron de ella, manifestando ardientes deseos por su felicidad; esto era en voz alta, pues interiormente todas se reian del novio.... envidiando su riqueza.

Vírgen quedó sola, pues en sus preparativos tenia disculpa suficiente para no asistir al templo, y se encerró en su cuarto.

Sacó un primoroso cajoncito de su costurero, y convenciéndose de nuevo de que estaba sola y puesta la aldaba de la puerta, lo abrió.

¡Qué jóven no tiene ese pequeño mueble, archivo de sus mas gratos recuerdos?

Una caja de sándalo, incrustada de concha y oro, era el tesoro de Virgen.

Tomó una pequeña llavecita que pendia de su cuello, y abrió el estuche.

Lo primero que se descubrió eran unas cartas, en cuyo sobre se dejaba ver la letra de Jacinto, semejante á una litografía hecha de prisa.

Vírgen tomó un braserillo de plata, de los que nuestros padres acostumbraban poner en las mesas centrales para uso de los fumadores, el que estaba sin duda preparado de antemano, y sentándose, lo colocó sobre una mesa cercana, poniendo el estuche sobre sus rodillas. Despues fué tomando una por una las cartas y arrojándolas al fuego.

La niña parecia tener conciencia de que estaba cumpliendo una mision sagrada: parecia una sacerdotisa ofreciendo el holocausto.

Se levantó un humo negro y espeso, y así que estuvo consumida la primera carta, tomó la segunda, y despues otra, y otra, hasta que no quedó ninguna.

Entonces aparecieron varias flores marchitadas, unos listones y otros pequeños objetos, prendas de mejores dias, y sin vacilar, pero sin apresurarse, las arrojó tambien al brasero.

En el fondo del estuche estaba el retrato de Jacinto. Vírgen lo tomó y lo arrojó tambien en medio de las brasas, pero repentinamente dió un grito.

—¡Ah, no!

Y lo sacó del fuego, abrasándose las manos.

Se enjugó los ojos, de los que habian brotado silenciosas lágrimas durante la operacion; fué á la puerta, puso un ojo en la cerradura de la llave para cerciorarse de que nadie la veia, y sin embargo, extendió un lienzo sobre el marco, para evitar miradas indiscretas, que de ningun modo podia temer, y cuando se convenció de que estaba absolutamente sola y de que nadie podia ser testigo de sus acciones, se acercó á un tocador y arrojó el retrato en el agua. A poco tiempo, una hoja delgada y fina que lo contenia, se desprendió del carton á que habia sido unida.

Entonces quitó de su cuello un escapulario.

Ya se sabe lo que es un escapulario; se compone de dos listones, que por ambos lados rematan en dos pequeños cuadritos de lienzo, á los cuales están cosidos.

Vírgen contempló la santa imágen que en litografía estaba sobre uno de ellos, y la besó, como pidiéndole perdon por la accion que iba á cometer; despues, con sumo cuidado descosió el liston que formaba un marco al rededor, y separó dos liencesitos, uno de los cuales contenia la imágen, y el otro las armas de Aragon, bordadas en rojo.

Iba á colocar el retrato entre ambos lienzos para unirlos en seguida, pero vaciló.

—¿No será una infidelidad la que hago?

Quedó pensativa durante algunos instantes; despues, respirando fuertemente, se dijo:

—Al contrario; infidelidad fuera no hacerlo.

Y volviendo á coser el liston, quedó el escapulario como antes estaba, sin que pudiera nadie sospechar que contenia un papel adentro.

Se lo puso al cuello, se lavó los ojos para borrar las señales del llanto, y volvió á la sala.

XXIII

Magdalena y Don Antonio habian puesto en órden los trages; habian guardado los aderezos, cada uno en un estuche; habian envuelto los listones, y

en fin, habian arreglado aquel caos que las niñas dejaron al salir.

Cuando Vírgen entró, ya no tuvo que ayudarles; se sentó junto á su costurero, tejiendo una de esas pequeñas obras en las que tanto talento emplean las jóvenes.

Magdalena se sentó á su lado, y comenzó el sermon de circunstancias, el sermon que las madres raras veces dejan de predicar á sus hijas en tales casos.

Don Antonio se fingió distraido, mientras daba cuerda y arreglaba el gran reloj de la sala.

La jóven no apartaba los ojos de su labor; la madre á cada paso se veia embarazada para terminar alguna frase comenzada, y Don Antonio habia acabado por descomponer el reloj.

Este cuadro permaneció así por largo rato, y no se deshizo sino por la llegada de Don Mauro.

Su excitacion habia pasado; pero en la palidez de sus megillas, en sus labios contraidos por un contínuo esfuerzo interior, y en los velados ojos del anciano se dejaba ver que sufria horriblemente.

Don Antonio salió á recibirlo con gozo, pero éste se heló al contemplar el ademan de su amigo. Sin saludarle, lo detuvo con una seña, é inclinán-

dose en silencio ante las señoras, fué á ocupar un sillon, no muy lejos de ellas.

Magdalena vino á colocarse á su lado, y en frente de ellos ocupó un asiento Don Antonio.

Vírgen no abandonó el suyo ni interrumpió su labor.

—Tengo que decir á usted grandes cosas, mi amigo....

—Sí, es natural; en estas circunstancias....

—Muy graves, y es inútil buscar rodeos: estoy arruinado.

A estas palabras, Vírgen dejó caer la primorosa cinta que iba tegiendo, y el gancho y el hilo, y se quedó mirando fijamente á Don Mauro.

Don Antonio se levantó como impulsado por un resorte, y permaneció inmóvil, de pié.

Solamente Magdalena no se alteró.

—¡Arruinado!

—Completamente, mi amigo. El pleito perdido, el ingenio incendiado, mi tesoro, mi caudal, robado. Deseo que me preste usted mil pesos para evitar ir á la cárcel.

—¡Pero todo eso es cierto?

Don Mauro refirió brevemente las desgracias de que habia sido víctima; apenas pudo con voz apa-

gada terminar su relacion, y próximo estuvo á desmayarse.

—¡Madre mia! exclamó Vírgen arrojándose en los brazos de Magdalena: Dios no ha aceptado mi sacrificio.... y ¡cuánto me costaba fingir!.. ... ¡Queria salvar á mi padre, aun á costa de mi amor!.....

BIBLIOTECA NACIONAL
MEXICO

EPÍLOGO.

I

Al pié de una montaña se extiende el pueblo de X.....

¡Qué triste es el aspecto que presentan sus calles rectas, sus casas de madera, sus tejados cenicientos y sus alrededores sembrados de pinos!

Ruido ninguno interrumpe la monotonía y la tristeza: el mismo viento parece que pasa de prisa, para llegar cuanto antes á mejores regiones.

No lejos del pueblo, bajo una sombría bóveda de pinares y sobre la amarillenta alfombra que forman las hojas desprendidas, está sentado un hombre.

¡Qué aspecto tan extraño! Es un jóven de cabellos blancos.

O mas bien, con mas propiedad, es un anciano de veintiseis años.

Su tez marchita, sus ojos hundidos, sus megillas sin vida, su cabeza constantemente inclinada sobre el pecho, revelan al hombre que sufre: el remordimiento se trasparenta en su rostro y en sus actitudes.

¡Es un criminal!

Octavio se acusaba constantemente de haber abusado de la confianza de su protector, por hacerle creeer que estaba arruinado. El pleito se habia sentenciado á su favor y él le habia hecho creer que se habia perdido; el ingenio de Apanindícuaro se hallaba floreciente, y él habia afirmado su destruccion; Octavio sabia que Don Mauro ocultaba allí un tesoro y habia inventado una fábula; por fin tenia asegurada su fortuna, y el dependiente le habia hecho convencerse de su ruina. Se habia valido como de instrumentos ciegos, de dos sirvientes del ingenio, que nada comprendieron del embrollo, sino que ganaban una buena propina, y el mismo Don Ignacio fué perfectamente engañado. De todos los males que el propietario creyó tener sobre sí, uno solo no era imaginario, la multa impuesta por los imperiales.

Octavio sufrió horriblemente al poner su plan en ejecucion, pero habia sospechado el sacrificio de Vírgen, ó mas bien lo habia adivinado con esa intuicion de la que solo los grandes cariños poseen el secreto,

y habia logrado salvar á Jacinto y á su amada.... pero sin descanso lo devoraba el remordimiento.

En su concepto, él ya no era un hombre honrado y se creia indigno de la amistad que tanto le debia.

¡Y si á lo menos Jacinto hubiera sabido su sacrificio, y todo lo que le habia costado obrar mal! pero aquel secreto habia quedado entre Don Mauro y él.

Era un gran criminal, en su opinion, que no tenia siquiera el consuelo de los grandes criminales: el arrepentimiento.

No; él no se arrepentia de lo que habia hecho y mil veces colocado en las mismas circunstancias, hubiera obrado del mismo modo mil veces.

Solo, aislado, habia pasado un año en aquel miserable pueblo, y esa soledad, y ese aislamiento no solo eran efectos morales de su situacion interior, eran tambien, y esto era lo peor, necesario resultado de su posicion, pues en Cheran casi nadie entiende el español, y Octavio no comprendia el tarasco.

Y aunque lo hubiera comprendido, ¿qué sociedad le ofrecian aquellos desgraciados séres á quienes se ha acostumbrado á considerarse como dotados de *razon!*

El corazon necesita cultivo, como las plantas más delicadas, y el espíritu, sin él, languidece y pierde sus más nobles cualidades, y el cultivo del espíritu y del corazon lo dá solamente la sociedad.

De mi misma opinion han sido algunos filósofos, que han definido al hombre: *un sér social*; pero esta definicion no es completa, pues falta una... como diria un lógico; y el lógico que lo dijera tendria en decirlo razon, pues la sociabilidad del hombre envuelve la idea de sociabilidad con la mujer.

Pues bien, en Cheran no hay mujeres.

Entiéndase bien el sentido de esta palabra.

Las mujeres que no han entrado á la civilizacion, carecen de los atractivos que en otras condiciones son el atractivo de su sexo.

Segun Dumont-Durville, las mujeres de Africa nada tienen de agradable, y las indias de Cheran se hallan tan cerca del estado primitivo, como los habitantes de la Polinesia: todas se parecen entre sí; se diria que son retratos unas de otras.

Su vestido, por lo demas, es peor aún que el que el citado viajero nos describe en las mujeres de Manado. Usan solamente un lienzo azul que les dá varias vueltas alrededor de la cintura, sostenido por una tosca banda roja, de color subido, y completa el vestido una pieza que no se sabe si quiere ser-

misa ó blusa, de grosero género blanco; las más acomodadas, traen una especie de schal azul doblado en la cabeza, con las puntas flotantes en la espalda. El mirar de todas es huraño, su carácter áspero y desconfiado para los que no son de su raza. No se trata de culparlas ni menos de denigrarlas, pero respóndeme lector, y sobre todo tú, lector jóven: ¿quisieras vivir ahí?....

Por lo que á mí toca, sé decir, que hallándome en la Sierra de Michoacán, tentado estuve de asentir á la opinion de M. de..... que distinguia el sexo femenino en hembras, mujeres y señoras.

Es injuriosa en alto grado para la humanidad tal clasificacion, pero á ser cierta, el pobre Octavio no encontraba á su alrededor mas que hembras.

El dia que lo encontramos, repasaba como todos los dias sus recuerdos, y sin que él lo notara, abundante llanto rodaba por sus mejillas.

Despues de algun tiempo, y cuando ya el sol se habia ocultado en el horisonte, levantó la cabeza, se pasó la mano por los ojos, los levantó al cielo, y con una triste sonrisa, se dijo en voz alta:

—A lo menos él es feliz.

Se levantó, y con un paso mas apresurado que de costumbre se volvió al pueblo, regocijado por aquel

pensamiento que el buen Dios le habia enviado en medio de su aflixion.

II

Para imaginarse lo que es Uruapan, basta recordar aquellas pinturas que en nuestra infancia nos hacian del Paraiso y la idea que entonces teniamos del Eden.

Los árboles no esperan acabar de despojarse de sus frutos para producir las nuevas flores; aun no se sufren las molestias de Tierra Caliente y ya se goza de sus ventajas.

Los naranjos, de frutos mas dulces que la miel; los chirimoyos, cuyo azahar produce el mejor de los aromas; los cafetos, de hojas tan brillantes como el raso; las copadas tzirandas, abrumadas por los nidos; el gigantesco mamey, y los plátanos de mil agradables variedades; todos los frutales, en fin, y todas las flores, se reunen allí como en el canastillo de boda de la primavera.

El Cupatitzio, "rio de cristal," corre juguado y murmurando bajo las sombras de los platanares ó del perfumado floripondio. El sol debe gozar al iluminar cuadro tan bello.

A la orilla del rio hay una casita de agradable aspecto; sin duda que sus moradores deben amar á la naturaleza y gozar de la dulce paz del corazon, pues el jardincito revela alegría y bienestar; las aguas corren jugando, las flores perfuman, los pájaros cantan.

Por una ventana que dá á este jardin, se descubre el aposento principal de la casa, los muebles son modestos, el suelo sin altombra ostenta los ladrillos rojos y limpios, las puertas carecen de cortinas, pero el lujo que no hay, deja ver claramente, en cada pormenor algun incidente de los goces domésticos.

Una mesa cargada de papeles revela al hombre que trabaja; una máquina de coser y una canastilla de labor, denuncian la presencia de una mujer que se consagra á la felicidad de su casa.

En aquel aposento hay más, hay una cuna.

¡Ahí hay una madre!

Junto á la mesa de trabajo y escribiendo violentamente, estaba Jacinto.

Se diria que habia rejuvenecido la dicha suave y tranquila que gozaba, habia impreso en su rostro cierto sello de bondad y de juventud, y sus ojos reflejaban la serenidad de su alma.

Fué interrumpido por Vírgen, que entraba con un niño en los brazos.

Se acercó al jóven padre, le arrancó con dulce violencia la pluma de la mano, y lo obligó á estar atento, mientras le referia una nueva gracia que habia descubierto en el angelito.

Jacinto, impaciente al principio, acabó por imprimir un beso en la frente de Antonio.

El niño se sonrió, y es que el beso de un padre debe ser una bendicion de Dios, y que los niños deben saber lo que pasa en el cielo.

Vírgen lo colocó sobre las rodillas de Jacinto, mientras ella arreglaba un lío de ropa de infante que traia debajo del brazo.

—Pero ¿piensas no dejarme escribir hoy, como ayer?

—No me lo digas á mí; esa reconvencion dirí-jesela á Antonio.

—Es que necesito concluir ahora.

—Pues mándalo á jugar al jardin.

Esta salida original, tratándose de un niño de tres meses, hizo que Jacinto prorumpiera en una sonora carcajada, hilaridad en que lo acompañó su esposa.

—Pues ahora no tengo quien me ayude, continuó ésta sin dejar el trabajo emprendido; mi padre no está aquí....

—¡Ah! y se me olvidaba; aquí hay una carta suya.

—¡Y no me lo habias dicho!

—Aquí está. Se ha vendido bien el maíz en Taretan, y se nos concede un plazo para el pago del arrendamiento de las tierras.

—¡Qué bueno es Dios!

—¿Y sabes? nuestro padre parece mas contento de labrador en pequeño, que de comerciante por mayor.

—Sí, se aviene más con su carácter. ¿Y no te dice cuándo vendrá?

—No, pero yo lo espero pronto. ¡Si vieras cómo extraño su presencia!..... pero ¡ya se ve! ¿quién no está contento al lado de Don Antonio? ¿Acabaste? Toma al niño y llévatelo, pues tengo qué hacer.

—¿Pues no te hallas tan contento al lado de *don* Antonio?

—¡Alma mia! dijo besando á aquel pequeño *don*. ¡Y cuánto me alegro, Vírgen, de haber accedido á ponerle el nombre de tu padre!

—Yo queria que llevara el tuyo....

—Sí, me acuerdo de tu decidida oposicion á que le llamáramos Octavio.

—Ya ves si tuve razon. Tú me decias que Oc-

tavio era un amigo que te queria tanto..... me pintabas de tal modo su cariño.... y ya ves, ni siquiera se acuerda de nosotros.

—¡Qué quieres! Ya veo que su carácter es un poco variable, inconstante.... pero el presente no borra el pasado. ¡Era mi verdadero amigo!

—¡Amigo verdadero, y cambia! Eso es una contradiccion.

—Tú varías, luego no eres la verdad, exclamó sentenciosamente Jacinto.

—Al principio lo esperabas constantemente, prosiguió Vírgen, que no habiendo leido á Bossuet, no podia apreciar la alusion; yo siempre te decia que no habia de venir.

—Trabajo me costó convencerme de ello.... no podia creerlo.....

—No querias creerlo.

En este momento un perrito de raza inglesa *pur-sang* entró á la sala, haciendo mil caricias á ambos esposos.

—¡El July! exclamaron los dos; ¿quién lo trajo? ¿habrá venido nuestro padre?

—Buenas tardes, hijos mios, les respondió Don Antonio entrando en ese momento.

Jacinto y Vírgen se levantaron á abrazar al anciano.

—¿Cómo no oimos llegar la carretela?

—Me bajé en la calle inmediata, pues me acompañaba el señor cura, y el carruaje fué á dejarlo á su casa: Jacinto, te traigo buenas noticias.

—Ya me las habia anunciado usted en su carta.

—¡Ah! y ahora que dices carta, aquí está esta.

—¿De Taretan?

—No sé, yo no la traje; un mozo que llamaba á la puerta me la entregó cuando yo entraba.

La tomó Jacinto, y no sin trabajo pudo abrirla, pues el July brincaba continuamente sobre sus rodillas.

III

Un perro que se manifiesta contento, un tiesto de flores bien cuidado y un gato familiar con todas las personas de la casa, indican que los dueños tienen buen corazon.

Quien ama á las flores ó á los animales, amará más á los hombres.

Amor á las flores y cariño á los animales; indican caridad, aunque bien pudieran citarse como una excepcion á las solteronas, pero hay que con-

venir en que si no son caritativas, motivos les sobran para ello.

El July, en cuyos ojos se leia la inteligencia posible, era el favorito de Don Antonio. El buen viejo habia vuelto á la niñez, y el animalito era su constante compañero.

Pocos dias despues de llegar á Uruapan se lo habian regalado, y como habia nacido en el mes de Julio, le puso este nombre que recordaba la fecha de su establecimiento en aquel eden, donde todos eran tan felices; pero Vírgen no hubiera permitido que llevara el nombre de un santo del calendario, y por esto le llamaban en idioma extranjero.

Aquella dichosa época comenzada hacia un año, parecia prolongarse indefinidamente, y el bienestar material iba todos los dias en aumento.

Dios habia bendecido los trabajos de los nuevos labradores y el porvenir les sonreia.

Una sola pena se abrigaba en el corazon de Jacinto, y consistia en haber perdido, segun creia, aquella amistad de sus primeros años, y que él habia soñado eterna.

La ausencia y las ningunas noticias de Octavio, parecian haber enfriado su cariño, pero se conmovió hondamente al leer la carta que Don Antonio le habia entregado. Era de él.

Esto bastaba para producirle fuertes emociones, pero su contenido las avivó de manera que al estar leyendo vacilaba como un ébrio, y al fin tuvo que sentarse.

Octavio le decia que al dia siguiente al de la fecha llegaria á Uruapan, esta fecha era la del dia anterior. El que la traia de Cheran se habia detenido muchas horas en una poblacion intermedia, de modo que Octavio no tardaria en llegar.

Otra grave noticia conmovia al jóven. Aquella entrevista, decia su amigo, seria su eterna despedida. Marchaba para Europa, de donde no pensaba volver.

Todas las memorias de los pasados años acudieron en tropel á la imaginacion de Jacinto. Aquellos dolores y aquellos placeres que compartieron; su juventud, que corrió unida; todos los dias de su anterior existencia, en fin, vinieron, encendidos, á asaltarlo.

. . . . . .

. . . . . .

Ya era muy entrada la noche cuando Octavio llegó á la casa de Vírgen y Jacinto. Delante de ella, que no lo conocia siquiera, y en presencia de Don Antonio, la entrevista tuvo que ser glacial.

En ella no mediaron sino aquellos ofrecimientos

vulgares y aquellas frases sin real significacion, que entre extraños en tales casos se acostumbran.

Octavio no quiso detenerse, pues le era preciso llegar á Pátzcuaro ántes de la madrugada para tomar la diligencia, llegar á Morelia y seguir inmediatamente para México sin perder un dia, para estar en Veracruz ántes de la salida del paquete.

Abrazó á su amigo, saludó á Vírgen y al anciano, y salió.

Al pasar por el jardin, el July gruñó á su paso y lo fué siguiendo hasta la puerta, ladrando y en ademan hostil.

Octavio era un extraño en aquella casa, á la que habia llevado la felicidad.

FIN.

COLECCION GENERAL
G 808.8 MIS.1
0 5 2 7 0 2 8
BIBLIOTECA NACIONAL